

CELCIT. Dramática Latinoamericana. 101

LA ÚLTIMA ACTUACIÓN DE SARAH BERNHARDT

Néstor Caballero

PERSONAJES

ANA: Anciana.

ELOISA: Anciana. Usa una peluca de color caoba. Permanentemente llevará, no importa como vista, un prendedor en forma de interrogación.

PERLA: 18 años. Vestida a la usanza del 1923. Debe estar arreglada en forma fiel a la época.

SARAH BERNHARDT

ESCENOGRAFÍA

Al centro fondo un gran espejo de cuerpo entero y dos hojas.

Sala de casa colonial del 1800.

La atmósfera es de ruinas.

Un deteriorado juego de muebles estilo vienés del 1900.

Una mesita sobre la que se encuentra, como adorno, una alcancía de yeso en forma de perro, blanco y negro, de largas orejas.

Una vitrina de madera labrada en arabescos. En la parte de arriba tiene dos puertas de madera y vidrio por el que se pueden ver copas de diferentes épocas y un juego de tazas para tomar café. A una de las tazas le falta un platillo. En la parte de abajo tiene un descanso labrado donde pueden observarse los siguientes retratos: una mujer de finales del siglo XIX, de cabellos muy largos, sentada, con un prendedor en forma de interrogación sobre su pecho; un militar con polainas y mostachos, recio; Perla, muy niña, vestida como bailarina; un joven, con toga y birrete, de pie, diploma en mano. En sitio preferencial hay una gran fotografía donde está el padre, la madre, Perla, Ana y Eloisa. En esta fotografía se debe notar que Perla es la mayor de las tres hermanas.

Pequeña mesa de recibo con alfombra verde que ya está blanca por el uso.
Lámparas de pie, sostenidas y amarradas con parches de madera.

Las paredes cubiertas por raídas y espesas cortinas de color rojo.

Escalones que suben hacia una puerta que da a las habitaciones.

Otra puerta que conduce a la cocina y al patio interior.

Un pequeño pasillo que da a una puerta de dos hojas y la cual conduce a la calle. Sobre esta puerta cuelga un retrato de San Miguel Arcángel y más abajo una penca de zábila amarrada con una cinta morada. Al lado de la puerta un perchero donde guindan varias carteras de colores escandalosos.

Un estropeado y gran ventanal da hacia unos edificios modernos que pareciesen aplastar esta vieja casa de estilo colonial.

En una descascarada pared una reproducción de "La última cena".

Un reloj de péndulo, inservible.

Una rasgadura en la cortina que ha sido cosida con un parche de otro color, un mueble que cojea y al cual se le ha colocado una tapa de refresco en una de sus patas para evitar que tambalee, nos dan la sensación de antigualla, de remoto, de estropeado, y también que, en ese hogar, viven seres que luchan por sacar adelante lo poco que queda, por evitar el inevitable deterioro de un tiempo ya lejano y mejor. Toda la escenografía debe dar la impresión de una lejana nobleza y de muchísima sequedad.

Potes de leche pintados en vivos colores sirven de materos donde viven helechos, malanga y caucho. Entre los pots, un pequeño baúl.

Aunque la obra está ambientada en 1900, la acción se desarrolla en la época actual.

PRIMER ACTO

Al comenzar la obra, Ana se encuentra puliendo con compulsión los muebles. Viste un deteriorado camión de casa, un pañuelo que le cubre el cabello y unos viejos zapatos, negros, de tacones cortos.

De la calle llega, trotando, Eloísa. Viste un ultramoderno mono deportivo con capuchón y un paño al cuello. Lleva un cinturón koala. Da varias vueltas trotando por la sala, quebrando la cintura de izquierda a derecha como si evitara golpes. Se detiene y hace boxeo de sombras. Luego saca del koala una cuerda y comienza a saltar con muchísima agilidad, como un boxeador profesional, ante las miradas recriminatorias de Ana que continúa limpiando apremiante la casa.

Eloísa descansa de su rutina. Respira profundo, se relaja, y se sienta despatarrada sobre uno de los muebles. De repente suelta una carcajada.

ELOISA: *(Riendo.)* ¡Qué ocurrencia!

ANA: *(Puliendo los muebles y sin voltear.)* ¿Cuál?

ELOISA: Me acordé de un chiste que me contó Abraham, ayer. ¿Quieres oírlo?

ANA: No.

ELOISA: *(Ignorando lo anterior.)* Preguntó una gran dama a una de sus amigas. *(Imitando la voz.)* ¿Qué edad tenía usted cuando se casó? *(Con otra voz.)* No lo recuerdo, señora, pero indudablemente no había llegado a la edad de la razón. *(Ríe a carcajadas.)* ¡A la edad de la razón! ¿Qué te parece?

ANA: Me parece que los militares no tienen otra cosa que hacer que pasarse el día inventando chistes acerca de las mujeres.

ELOISA: Pero pobrecito, Ana, qué quieres que haga. Todo el tiempo acuartelado. Debe buscar la manera de divertirse.

ANA: Acuartelado, válgame Dios, Eloísa. Si ya casi hablas como los soldados.

ELOISA: Treinta años casada con un militar, termina una pareciéndose. *(Saluda militarmente.)* ¿Verdad, mi sargento?

ANA: No juegues.

De un salto, Eloísa se levanta y se dirige, trotando, hacia el espejo.

ELOISA: *(Arreglándose frente al espejo.)* Estas ojeras. Anoche no dormí casi. Mucho menos soñé... así que no sé qué voy a jugar. Tengo que apurarme, voy a

cobrar la jubilación y de allí iré a ver qué número salió. Estoy jugando un quintico, a medias, con una vieja. ¡Estas ojeras!

ANA: Te acuestas muy tarde. ¿A qué hora llegaste anoche?

ELOISA: ¿Anoche?

ANA: Sí.

ELOISA: Será esta mañana.

ANA: ¡Eloísa!

ELOISA: Serían como la una, poco más o menos. El boxeo salió a las once y media, caminé hasta la parada. Ah, no, antes me tomé un cuartico de leche, me comí un cuarto de pollo también, horneado no te preocupes, y me vine. Sí, serían como la una, tomando en cuenta que el taxi se tardó en llegar.

ANA: ¡Boxeo! Toda una señora en el boxeo, rodeada de hombres de mal vivir, mirando cómo dos seres humanos se destrozan a golpes.

ELOISA: Qué se van a destrozar. Me parece que fue una pelea arreglada. Perdí unos tres mil bolívares.

ANA: ¡Y para colmo, apostando!

ELOISA: Sí, apostando, pero hubiera ganado. Lo que pasó es que el Kid estaba comprado.

ANA: ¿El Kid?

ELOISA: El Kid Suárez. A leguas se notaba que estaba vendido. Se la pasó escondiéndose en el ensogado, ni una sola vez contraatacó. Mantuvo una pelea defensiva.

ANA: Ay, Eloisa, tú estás mal.

ELOISA: ¿No voy a estarlo? Con boxeadores como Kid Suárez.

ANA: No deberías estar yendo al boxeo.

ELOISA: Tienes razón. Ya no se puede ir al boxeo. Estos pugilistas de ahora no tienen mística, lo que hacen es payasear, aparte de que son muy flojos de piernas. El boxeo, Ana, está en el juego de piernas. Fíjate. *(Hace unos pasos de boxeo.)* ¿Te fijas? ¡Piernas! Eso es lo que hace falta. Pero eso no se logra en el cuadrilátero. No señora. *(Trota en su sitio.)* Hay que trotar por las calles. *(Trota*

saltando por encima de los muebles.) Trotar saltando obstáculos, trotar por los cerros. *(Salta en su sitio.)* Saltar a la cuerda. *(Deja de saltar.)* Boxeadores los de antes. ¡Joe Louis! Ah, qué te parece. ¡Joe Louis, El Bombardero de Detroit! *(Boxea por toda la habitación, hasta llegar donde Ana y lanzarle unos golpes, alejados, sin pegarle.)* Gancho de izquierda de Louis. ¡Recto de derecha de Louis! ¡Gancho de derecha de Louis! ¡Upper de izquierda de Louis! ¡Derecha! ¡Izquierda! ¡Jab de Louis! ¡Jab de Louis! ¡Jab de Louis!

ANA: *(Tapándose la cara para evitar los alejados golpes de Eloisa.)* ¡Ya basta! ¡Déjame!

ELOISA: ¡Y se cae el retador! *(Deja de boxear.)* Ni te imaginas qué le dijo Joe Louis al señor Roxborough.

ANA: ¿El señor Roxborough?

ELOISA: Sí, John Roxborough, el que iba a ser su promotor.

ANA: No tengo ni el más mínimo interés en...

ELOISA: Roxborough se le acercó a Louis, que para esa época sólo tenía diez y siete años y ya era un noqueador de los arrabales de Chicago. *(Camina balanceando los brazos y mascando chicle. Imita una voz.)* "¡Oye, Joe Louis, soy John Roxborough! ¿Quieres ser campeón de los pesos pesados del mundo?" *(Como ella. Emocionada.)* El muchachón se golpeó con el puño derecho su mano izquierda y le dijo... *(Imita a Joe Louis.)* "¿A quiénes tengo que noquear?" *(Como ella.)* ¡Ese sí era un campeón! *(Imitando a Joe Louis.)* "¿A quiénes tengo que noquear?" *(Como ella, exultante.)* ¡El Bombardero de Detroit! ¡Un campeón! ¿A quiénes tengo que noquear? Eso sí era un gran boxeador. No esos pendejitos de ahora que...

ANA: No digas groserías.

ELOISA: ¡Pendejitos! Apenas tres o cuatro golpes y van al clinch o se tiran al suelo haciéndose los noqueados. Tres mil bolívars me hizo perder el Kid Suárez. Tres mil bolívars con lo caro que está todo.

ANA: Es lo que yo te digo.

ELOISA: *(Se sienta agotada en la mecedora y estira las piernas.)* ¡Uf! Estoy fuera de entrenamiento.

ANA: Fuera de todo es lo que estás. ¡A tu edad! No sé. ¿Qué crees que piense tu esposo si sale y no te encuentra?

ELOISA: Será si llega.

ANA: Tú entiendes lo que te digo. ¿Qué pasa si llega y no te encuentra? ¿Y si me pregunta? ¿Qué le digo? ¿Ah?

ELOISA: Le dices que hacer deporte es hacer patria, y que por lo tanto me encuentro haciendo patria.

ANA: Dios mío, no quiero ni pensar cómo se pondría ese hombre de molesto si se llegara a enterar que tú llegas de madrugada por estar en el boxeo.

ELOISA: Abraham es demasiado pavoso. Cada vez que voy al comando a visitarlo, pierdo.

ANA: ¡La esposa de un Comandante en esas lides!

ELOISA: Qué nombre más divertido. ¡Lides! Parece que no fueran golpes lo que se pegaran sino flores. *(Riéndose.)* Vamos a lanzarnos lirios en las lides.

ANA: Búrlate. Búrlate. No te basta con el ludo, con el dominó, con el monopolio, con las carreras de caballos, sino que ahora también es el boxeo.

ELOISA: Digamos que tengo un alma muy deportiva.

ANA: ¿Deportiva? Yo no le veo nada de deportivo a eso.

ELOISA: La verdad es que voy a dejar de apostar en el boxeo.

ANA: Es lo mejor.

ELOISA: Porque, viéndolo bien, mi fuerte está en la lotería. Sueño que tengo, sueño que juego, sueño que gano.

ANA: ¿Y lo que pierdes?

ELOISA: Eso forma parte de la lid. *(Ríe la ocurrencia.)*

ANA: No te das cuenta de que existen otras cosas más sublimes. Dios, su iglesia, la devoción. A tu edad, deberías pensar más en la religión.

ELOISA: Si yo soy un ser religioso en cierta forma. ¿No te parece que hacer de los sueños un número de lotería es algo de creyentes? Y también sublime, como le llamas. Sí, es, como una devoción, como un fervor. Jugarse los sueños es toda una religiosidad. Además estoy haciendo yoga.

ANA: ¡Hasta atea y pornográfica te has vuelto!

ELOISA: ¿Pornográfica?

ANA: Acaso vas a negar que el yoga ese, no es una religión pornográfica donde se contorsionan así, como pervertidos y que respiran excitados y luego rugen Ommmm Ommmm, así, como... como orgásmicos y además prenden unos inciensitos perfumados, sensuales, incitantes y que a hasta drogas eróticas serán. Yo te he visto, allá en tu cuarto, con los pies al aire.

ELOISA: ¡Ah, Sarvangasana!

ANA: ¿Qué? ¿Sinvergüenzona yo? ¿Ah? ¿Qué me dijiste?

ELOISA: *(Riendo.)* Sarvangasana. Sarvangasana. Así se llama lo que me espiaste hacer. *(Se acuesta en el suelo. Levanta las piernas a lo alto y se sostiene la espalda con las manos y los codos apoyados en el suelo. Explica como dando una clase.)* Sarvangasana, o postura de todos los miembros. Posición con la nuca y hombros al suelo. Las piernas rectas al aire. Es eficaz para la tiroides, la neurosis y los ovarios. *(Se pone de pie.)* También es muy buena para la descalcificación y la gonorrea, así que te la recomiendo.

ANA: *(La abofetea.)* Cállate.

Silencio. Se ven por unos segundos.

Eloísa corre hacia los dormitorios.

Ana continúa limpiando. Luego va hacia la foto del seminarista, la acaricia, la deja en su sitio y se arrodilla. Saca un rosario y reza por lo bajo. Luego se levanta y continúa limpiando.

Se escucha a todo volumen el Mambo Número 5 de Pérez Prado. Entra Eloisa bailando. Viste una falda muy corta, azul, una blusa roja, muy descotada y un largo collar de perlas. Calza unos zapatos de tacones, de un color amarillo escandaloso.

Ana se escandaliza, se persigna. Eloisa la persigue y la obliga a bailar. Ana logra zafarse y corre hacia las habitaciones y apaga la música.

Eloísa va hacia el perchero y toma una cartera verde y comienza a buscar algo en ella.

Llega Ana, molesta, y continúa limpiando.

ELOISA: ¿No has visto mis cigarrillos?

ANA: No.

ELOISA: Los había dejado en mi cartera, estoy segura.

ANA: No los he agarrado. No fumo.

ELOISA: Lo sé. *(Va hacia el armario y en una de las gavetas los encuentra.)*
Llegaron caminando hasta aquí. Un verdadero misterio. *(Saca de la cartera un encendedor desechable. Lo enciende y fuma con gran placer.)* Un cigarrito, para variar.

ANA: Por favor, Eloísa, no fumes.

ELOISA: No pienso seguir creciendo, si lo que te preocupa es que me quede pasmada.

ANA: Hoy pasé cera en el piso. Además la ceniza... la alfombra.

ELOISA: *(Se sienta.)* No te preocupes. Tiraré la ceniza dentro de mi cartera. *(Lo hace.)*

ANA: *(Suspirando hondo.)* Dame paciencia Dios mío.

ELOISA: Quedarán las huellas.

ANA: *(Acercándose al mueble donde está sentada Eloisa con la intención de limpiarlo.)* Un permisito, Eloisa, que voy a pulir el mueble.

ELOISA: Pero sí ya lo hiciste.

ANA: No.

ELOISA: Pero si hace un rato... Está bien. *(Se levanta y se sienta en otro mueble. Pausa corta.)* Quedarán las huellas. ¿Oíste?

ANA: *(Limpiando frenéticamente.)* Sí.

ELOISA: En las cenizas quedarán las huellas.

ANA: *(Sin dejar de limpiar.)* No entiendo.

ELOISA: Sí que lo entiendes.

ANA: En verdad que no.

ELOISA: ¿No?

ANA: De verdad, verdad.

ELOISA: Cuando alguien me registre la cartera dejará impresas sus huellas.

ANA: ¿Quién habría de registrarte la cartera?

ELOISA: La misma persona que me escondió los cigarrillos.

ANA: *(Con intención de limpiarlo, va hacia el mueble donde está sentada Eloisa.)* Permisito.

ELOISA: *(Imitando a Ana.)* Dame paciencia, Dios mío. *(Suspira.)* Oh, perdón, el suspiro viene antes. *(Suspira profundo e imita a Ana.)* Dame paciencia, Dios mío.

Ana se queda parada dándole vueltas el trapo y zapateando constantemente con la punta del pie, al lado del mueble donde está sentada Eloisa, esperando que ésta se levante. Eloísa, fastidiada, se levanta y se sienta en el mueble que Ana acaba de limpiar.

ELOISA: Y esta vez no me vas a decir que no lo has limpiado.

ANA: Odiosa.

Pausa larga.

ELOISA: ¿Estás brava?

ANA: No.

ELOISA: *(Sin que lo note Ana, apaga el cigarrillo en el piso y lo oculta debajo del zapato.)* Huele muy bien.

ANA: Será que prendiste tus inciensos.

ELOISA: En serio, la sala huele muy bien.

ANA: Sí, ¿te gusta?

ELOISA: Aroma de escuela.

ANA: Qué ocurrencia.

ELOISA: En mayo la escuela olía a jazmines.

ANA: Es natural.

ELOISA: Pero nunca hubo jazmines en la escuela.

ANA: Verdad que sí. Era bien raro que en la escuela oliese a jazmines, si nunca los hubo. *(Pausa.)* ¿Eloísa, te has olvidado?

ELOISA: ¿De qué?

ANA: Sé que no has olvidado el día que es hoy.

ELOISA: La lección que más me gustaba dar era la de zoología. A los alumnos les fascinaba eso de la reproducción de las distintas especies.

ANA: A mí siempre me entristecieron.

ELOISA: Es que no tuviste una maestra parecida a mí. ¡Sensual y moderna!

ANA: Estoy hablando en serio.

ELOISA: Y yo.

ANA: Eso de que los insectos nacen huérfanos porque la madre, después de poner los huevos en algún sitio donde encuentre comida, los abandone, nunca lo he comprendido. Me entristece.

ELOISA: El padre muere antes.

ANA: Lo peor.

ELOISA: Pero había una lección que a ti te hubiese gustado mucho oírla.

ANA: (*Limpia los muebles con más afán.*) No es de eso de lo que yo quería hablar. ¿Sabes qué día es hoy, verdad?

ELOISA: ¡Viernes veinticinco!

ANA: ¿Y?

ELOISA: De julio.

ANA: Sabes muy bien a qué me refiero, no te hagas la inocente.

ELOISA: ¡La clase del salmón!

ANA: ¡Compórtate seriamente!

ELOISA: ¡Viernes veinticinco! Es muy bello, ¿no te parece? Viernes veinticinco. Es de esos días que te estallan en la boca. Viernes veinticinco. Un día hermoso para una lección hermosa: La clase del salmón.

ANA: No me vengas con tus juegos ni adivinanzas. Esto es un asunto muy serio para... Debemos ponernos de acuerdo. No en vano...

ELOISA: Pero no me dejas terminar.

ANA: Porque tú no me prestas atención.

ELOISA: Es que esto también importa.

ANA: ¿Y lo de ella, no?

ELOISA: *(Transición. Se levanta y como una maestra, toma a Ana por una oreja y la obliga a sentarse.)* ¡Niña! ¡Venga acá!

Ana hace transición y se comporta como una niña. Se queda sentada donde antes lo estaba Eloísa.

ELOISA: O deja ya el secreteo y la risita con su amiga Elena o la saco de clase y mando a buscar a su representante.

Ana finge tener un cuaderno y un lápiz y estar en la escuela. Mientras Eloísa dicta la lección alrededor de Ana, ésta toma apuntes.

ELOISA: *(Como una maestra dictando una clase, camina alrededor de Ana.)* El salmón. El salmón es un pez muy particular. *(Pausa corta.)* Apenas nace y sale a recorrer el mundo. Punto y aparte. *(Se acerca a Ana, le toma el lápiz imaginario y coloca un acento en el cuaderno imaginario. Le entrega el lápiz y le jala una oreja.)* ¡Anita, cuántas veces debo decirle que salmón es una palabra aguda que termina en la consonante "N" y que por lo tanto lleva acento! *(Continúa caminando, dictando la clase.)* Imagínense, niñas, qué cantidad de mares logra conocer ese salmón, qué de aventuras, qué de peligros. Quizás hasta un pez más grande lo devore en un océano extraño... pero... si no sucede... regresa... Regresa cuando presiente que va a morir, presiente no. Él sabe que va a morir y retorna a la cabecera del río de donde partió y entonces nada, nada y nada contra la corriente y a medida que nada va envejeciendo lo que no envejeció en otras aguas. Nada y envejece. Nada y envejece, hasta que llega exactamente a su lugar de origen, al mismo sitio donde él fue un huevo. Una vez ahí, coloca un huevo, así chiquitito... y muere. *(Pausa. Transición, ya sin jugar a la maestra.)* ¿Triste, verdad?

ANA: *(Transición. Ya sin jugar a la niña que está en la escuela.)* Lo dices porque hoy regresa Perla.

ELOISA: Solamente es una lección.

ANA: Sí, lo dices por ella. *(Pausa corta.)* Debemos ponernos de acuerdo al recibirla. Ha pasado tanto tiempo. Es nuestra hermana mayor, no debes olvidarlo.

ELOISA: No lo he olvidado.

ANA: Necesito que traigas del abasto algunas cosas. ¿Te acuerdas de aquellos dulces de leche, y los de coco, y los de merey? Puedes traer varios, a Perla le encantaban.

ELOISA: ¡Ya no se consiguen! Esta vez no habrá dulces. *(Pausa corta, para sí.)* Ni el salmón pondrá su huevo.

Silencio.

ANA: *(Descubriendo el cigarrillo dejado en el suelo por Eloísa.)* ¿Te fijas? ¿Te das cuenta cómo eres tú? Ya ensuciaste el piso. *(Recoge el cigarrillo.)* Toma, bótalo en el basurero. Ahora tendré más trabajo, ahora tendré que volver a pulir el piso. Después no quieres que te lo esconda.

ELOISA: Te descubriste.

ANA: *(Nerviosa, limpiando el retrato del joven con toga y birrete y cambiando el giro de la conversación al ser descubierta.)* Me imagino que Alejandro vendrá.

ELOISA: *(Se deja arrastrar, entusiasmada, por la insinuación de Ana.)* Me dijo que hará lo posible. Se le acumuló una serie de casos en el tribunal y ahora está hasta aquí de trabajo.

ANA: Deberías decirle a tu hijo que no trabaje tanto.

ELOISA: Lo que sí me aseguré, es que para el lunes vendrá a rezar el rosario contigo.

ANA: Es un ángel mi sobrino.

ELOISA: *(Quitándole el retrato y besando la foto.)* Como su mamita.

ANA: Sí, sobre todo por ti. Oye, ¿cómo es eso que vendrá a rezar el rosario contigo? Será con nosotras. Me lo prometiste. Mejor dicho, me lo has estado prometiendo desde hace más de veinte años.

ELOISA: *(Colocando el retrato en su sitio.)* He estado demasiado ocupada desde entonces.

ANA: Por supuesto, has estado ocupada con las carreras de caballos, la lotería y el boxeo.

ELOISA: ¿Y el póquer, dónde lo dejas? *(Rompe a reír.)*

ANA: Eloísa, cuándo será que te vas a componer.

ELOISA: Será cuando me eche a perder, porque lo que soy yo, me siento de lo más compuesta.

ANA: Entonces, ¿rezamos el rosario este lunes que viene?

ELOISA: ¡Imposible!

ANA: Lo sabía.

ELOISA: Para el otro lunes de arriba, sí.

ANA: No lo harás.

ELOISA: Te lo prometo.

ANA: No te creo.

ELOISA: Pues bien, lo juro.

ANA: Juremos entonces.

Ana y Eloísa se acercan y hacen al unísono un juramento, cómico y grotesco, que ellas mismas se han inventado.

ANA: *(Recordándole el juramento.)* ¡Ya sabes! ¡Ya juraste! ¡Ahora no te puedes negar!

ELOISA: No fallaré. *(Imitando a una vieja decrepita.)* Estaré aquí a las siete en punto de la noche, rosario en mano, como toda una viejita beata respetable.

ANA: *(Afectuosa.)* Boba. *(Va hacia el espejo y comienza a limpiarlo teniendo sumo cuidado de no mirarse en él.)*

ELOISA: *(Viendo a Ana. De repente da un grito espantoso.)* ¡Cuidado te va a picar!

ANA: *(Corre y se aparta del espejo sacudiendo el paño sobre su cabeza.)* ¡Ay! ¿Qué? ¿Qué me va a picar?

ELOISA: *(Soltando una carcajada.)* El espejo. El espejo te va a picar.

ANA: Me asustaste. No me gustan esos juegos.

ELOISA: Deberías acicalarte un poco.

ANA: Para lo que tengo que mirarme.

ELOISA: Creo que deberías ir a la peluquería, hacerte un peinado moderno. Yo, yo te acompañaría. Luego, de ahí, iríamos a comprarte varios vestidos nuevos, un poco más actuales. *(Tomándole las manos.)* Ay, hermanita, y estas manos, qué desastre. Las tienes todas callosas.

ANA: Es de tanto trabajar en la casa. Siempre hay algo que hacer.

ELOISA: Qué limpiar, querrás decir. Te la pasas todo el día friega que friega. Si te dieran una casa sucia de cabo a rabo, estarías feliz limpiándola toda la vida.

ANA: Alguien tiene que hacerlo.

ELOISA: Y estas uñas, Ana, por favor, sin pintar, largas, sin forma.

ANA: La edad y los sentimientos tristes hacen crecer las uñas.

ELOISA: Pero mi amor, me dejas sorprendida. Si estás vuelta toda una filósofa. Hasta podrías escribir un libro y titularlo: "Repertorio de pensamientos propios y ajenos."

ANA: *(Soltándose de Eloisa, vuelve a limpiar la mesa.)* Estoy demasiado ocupada para reírme de tus bromas.

ELOISA: No te molestes, si es jugando. Para mí siempre serás una gran poetisa.

ANA: ¡Has estado mirando mis cosas!

ELOISA: ¿Yo?

ANA: *(Va corriendo hacia el baúl que está escondido entre los materos.)* No quiero que estés esculcando en mis cosas. *(Se sienta en el suelo y del baúl saca una caja de zapatos forrada en papel verde. De la caja extrae un grueso de cartas atadas por una cinta color rojo; varias hojas de cuaderno, sueltas, escritas a pluma; un frasquito de perfume, vacío.)* Te he prohibido una y mil veces que toques mis cosas personales. No puedo pasarme la vida entera escondiendo este baúl en diferentes sitios porque tú, siempre, llegas a husmear en él. ¡No quiero que revuelvas mis cosas!

ELOISA: ¿Verdad que es desagradable?

ANA: *(Al desamarrar el lazo que ata las cartas, caen algunos pétalos de violetas, secos.)* ¡Son mis recuerdos!

ELOISA: Pues vas a ensuciar el piso con ellos.

ANA: Además, no soy ninguna gran poetiza. Las poesías las copié de un libro, de una revista, no son mías.

ELOISA: No lo decía por ellas, sino por tu frase. La edad y los sentimientos tristes, hacen crecer las uñas. ¡Es muy poética!

ANA: Es un dicho filosófico, solamente.

ELOISA: Ah, un dicho. Te tengo uno muy bueno para tu colección.

ANA: Si es otra broma tuya me pondré brava.

ELOISA: No, no, no. Te lo aseguro. No es ninguna broma. Es un dicho filosófico, como tú le llamas.

ANA: *(Del baúl saca un cuadernillo, un lápiz y se prepara a anotar.)* Dímelo.

ELOISA: ¡De cuarenta para arriba, no te mojes la barriga! *(Ríe a carcajadas.)* ¿Qué te pareció?

ANA: *(Revisa el cuadernillo.)* Ya lo conocía, aquí lo tengo escrito. *(Leyendo el cuadernillo.)* Es un dicho que se remonta al año 1865. *(Sigue revisando la caja.)*

ELOISA: Mija, púrgate, porque cada día tienes menos sentido del humor.

ANA: ¡Mira lo que encontré! Una poesía que Perla recitó en un acto de fin de curso y esta otra es una carta que te envió ella desde el internado.

ELOISA: ¡Dame la carta!

ANA: ¡No!

ELOISA: ¡Es mía!

ANA: Pero yo fui quien la guardó. Además, tú la quieres romper.

ELOISA: Te prometo no hacerlo.

ANA: ¡Vamos a jurarlo!

ELOISA: Está bien.

Hacen su grotesco y cómico juramento.

ANA: ¿Y me la devolverás?

ELOISA: Sí, sí, sí.

ANA: *(Le entrega la carta.)* Toma.

ELOISA: *(Para sí. Sin abrir la carta.)* Desde el internado. *(A punto de desdoblar la carta para leerla.)*

ANA: Espera, Eloísa. No la leas. Primero escucha el poema.

ELOISA: ¿Quieres?

ANA: Sí. Por favor.

ELOISA: *(Enciende un cigarrillo. Se sienta.)* Bien. Cuando quieras.

ANA: Perla lo recitó vestida de azul. Era un vestidito que le había hecho mamá.

ELOISA: Mija, qué memoria.

ANA: Perla se veía muy linda sobre el escenario, cuando la monja directora del Colegio de Niñas Teresianas anunció el poema. *(Se levanta y toma la actitud solemne de la Directora.)* "Memento" de Felipe Tejera.

ELOISA: ¿Cómo dijiste?

ANA: *(Como ella misma.)* "Memento" de Felipe Tejera.

ELOISA: *(Ríe. Corrigiéndola.)* Será Momento. ¡Momento!

ANA: Eloísa, no hables de lo que no sabes. Es "Memento" que quiere decir en latín: "Acuérdate. Parte del canon de la misa, en que se reza por los fieles vivos o muertos. Libro de memoria o apuntes."

ELOISA: ¡Querida, estás convertida en un diccionario con falda! Eres toda una intelectual. Permíteme que me quede con la boca abierta. *(Lo hace.)*

ANA: No seas ridícula. De todo tienes que burlarte. Ahora no voy a recitar nada.

ELOISA: Está bien, está bien. Te juro, te prometo que no te volveré a interrumpir.

Ana se queda mirando a Eloisa. Ésta se tapa la boca con una mano. Al fin, Ana se decide y se prepara a recitar. Eloisa continúa fumando.

ANA: "Memento" de Felipe Tejera. *(Mira hacia Eloísa esperando una reacción. Al ver que ésta observa seriamente sin intención de burla, recita inveteradamente.)*

Risueñas alegrías

de los tempranos días.

Recuerdos sacratísimos

del adorado hogar.

Hoy cruzan por mi mente

con un fulgor doliente

como destellos pálidos

de un astro muerto ya.

Ana se entusiasma y recita exageradamente, risiblemente, creyendo que está haciendo una gran interpretación.

ANA: ¡Ay! Padre, madre, amigos,

y hermanos. ¡Ay! Testigos

de la florida, rápida,

pasada juventud;

ya duermen místicos, yertos

el sueño de los muertos

en el angosto límite del lóbrego ataúd...

ELOISA: *(Aplaudiendo y dando vivas.)* ¡Bien! ¡Bravo! ¡Que lo repita! ¡Es toda una artista! ¡Sublime! ¡Bravo!

ANA: *(A Eloísa, fingiendo calma, entredientes, disimulando ante un público imaginario.)* Aún no he terminado de recitar.

ELOISA: ¡Ah, perdón! ¡Discúlpeme! Continúe usted y perdone mi ignorancia.

ANA: *(Recitando nuevamente, caricaturescamente, pero siempre creyendo que lo está haciendo de una manera sublime.)*

Como un clamor venido
de allá, del negro olvido
vuestra memoria en lágrimas
me llena el corazón.

Y hoy, cuando alegres otros,
yo, triste, por vosotros
al sacrosanto Espíritu
dirijo mi oración.

Ana hace una reverencia al público imaginario.

ANA: *(Al público imaginario.)* Esta poesía les fue recitada por la niña Perla Guerrero y fue escrita por el poeta venezolano Felipe Tejera y fechada el primero de enero de mil novecientos. Gracias.

Ana continúa, emocionada, haciendo reverencias como si un gran público la aplaudiera.

ELOISA: Ahora... ¿sí puedo aplaudir?

ANA: Si quieres.

ELOISA: No, no quiero.

ANA: No aplaudas. *(Pausa corta. Va hacia Eloísa y se sienta a su lado.)* Lee la carta.

ELOISA: Me perdonas, pero no tengo tu talento para rezar, corrección, para recitar.

ANA: Lee de una vez.

Eloísa se levanta para ir hacia el público imaginario, pero antes le entrega a Ana lo que queda del cigarrillo. Ésta no encuentra qué hacer con él y lo apaga pisándolo con el zapato, muy molesta.

ELOISA: Respetable público, les ruego me sepan disculpar al no tener para el arte declamatorio, el talento desbordante de mi hermana Ana. *(Se aclara la garganta y lee de manera burlona.)* “Querida hermanita Eloísa, te escribo... *(Se enseria y continúa leyendo en silencio, para sí.)*

ANA: ¡Lee para todos!

ELOISA: *(Pausa. Se voltea, mira a Ana. Lee ahora sin ninguna intención de burla.)* Querida hermana Eloísa. Te escribo desde este aburrido internado. Aquí una se aburre muchísimo. Las monjas te ponen a coser o a cocinar... *(Vuelve a hacer silencio y continúa leyendo para sí.)*

ANA: ¡Lee la carta de Perla en voz alta, Eloisa!

Se ilumina el gran espejo y vemos tras él a Perla, vestida como Sarah Bernhard en “La dama de las camelias”.

PERLA: Querida hermana Eloísa. Te escribo desde este insoportable internado. Aquí una se aburre muchísimo. Las monjas te ponen a coser, bordar, cocinar, a lavar o a limpiar las aulas. Si no estás en clases tienes que hacer todo eso. *(Pausa corta.)* Te confío un secreto. Me voy a fugar de aquí. Regresaré a casa para decirle a papá que quiero ser actriz. Sí, actriz, como la gran Sarah Bernhardt. ¿Te acuerdas cuando hizo Medea? ¿Te acuerdas? Tienes que acordarte porque yo te mostré los recortes de revistas donde aparecía Sarah Bernhardt como Medea. *(Ríe.)* Después jugamos a que yo era Medea. *(Asombrada.)* Leí, en un periódico que compré en la ciudad a escondidas de las monjas, leí que Sarah Bernhardt podía ganar hasta más de cuatrocientos mil bolívares en un año. Imagínate que yo gane ese montón de plata.

Lo puedo hacer. ¡Seré actriz! Seré una actriz tan famosa como Sarah Bernhardt y cuando lo sea, dejaremos para siempre a papá y nos iremos a viajar por el mundo. Sí, por todo el mundo donde voy a actuar. Imagínate, ¿quién quita que Sarah Bernhardt y yo nos presentemos juntas en París? Nos iremos Eloisa, nos iremos tú, mamá y, bueno, también Ana. Ella es buena, aunque no lo parezca, ella es buena. Nos iremos. Ya nunca más veremos a papá. Claro que de seguro cuando lea los periódicos y me vea triunfante, irá hasta donde estemos, pero yo le ordenaré a la gente del teatro que no lo deje pasar a mi camerino. Claro que si él necesita algún dinero, o está enfermo, pues yo lo ayudaré. Pero no quiero seguir viviendo con él. Papá nos humilla demasiado. No quiero que lo haga más. Espérame pronto, querida Eloisa, ya tengo todo planeado para mi fuga. Te quiere. Perla.

El espejo se vuelve a oscurecer y dejamos de ver a Perla.

Eloísa se sienta, estira la carta en su regazo.

Ana se levanta y va hacia el armario, saca una caja de cigarrillos y otra de fósforos que mantenía escondida en un compartimiento secreto. Se devuelve con ellos hasta Eloísa. Ana le ofrece la caja a Eloísa. Ésta toma un cigarrillo. Ana se lo enciende.

ELOISA: Gracias.

Ana regresa al armario, esconde los cigarrillos y los fósforos en el compartimiento secreto. Luego, de otro lugar, toma un cenicero. Se regresa con el mismo, agarra, con asco, la colilla del cigarrillo que ha pisado antes y la echa en él. Coloca el cenicero en la mesita, cerca de Eloísa.

Ana va y se sienta.

Eloísa fuma, correctísima, tira las cenizas en el cenicero.

Gran silencio.

ANA: (Refiriéndose a la carta.) ¿Me la devuelves?

ELOISA: (Apaga el cigarrillo en el cenicero. Dobla, cuidadosamente, sobre su falda, la carta.) Estas cosas deberían acabarse.

ANA: Dame la carta, por favor.

ELOISA: ¿Y si la rompemos?

ANA: Me dolería.

ELOISA: ¿Mucho?

ANA: Más o menos.

Pausa larga.

ELOISA: (Entregándole la carta.) Tómala. Te lo prometí.

Ana toma la carta y la guarda en su caja de cartón. Luego introduce la caja en el baúl y lo lleva a esconder al mismo sitio de siempre.

Ana se levanta, observa la sala y suspira para tomar nuevos bríos.

ANA: Ya pasó media mañana y todavía me falta arreglar un corotero.

ELOISA: (Ríe.) ¡Corotero! ¿Pero de dónde desencarnas esas palabras?

ANA: Son palabras normales.

ELOISA: Normales hace cien años. El otro día saliste con una que me dejó estupefacta. Déjame ver si me acuerdo... era... era... No me acuerdo. Déjame pensar. Yo salía a cobrar mi pensión, como siempre, y entonces tú me dijiste algo de un rosario con reré... roseta... rerota. ¿Un rosario con qué?

ANA: Así no fue. Hay que ver cómo cambias todo lo que yo digo. Yo, lo que te dije fue que si del dinero de la pensión te quedaba algún repele, me compraras un rosario.

ELOISA: ¡Repele! ¡Repele! Es que si publicas todas esas palabras, todas esas frases, tu libro tiene la venta asegurada y volveremos a hacer millonarias..

ANA: Gracias, que tu boca sea la medida. Así que cuando venda mi libro, cuando tenga mucho dinero, será que pueda comprarme un rosario porque tú, por lo que veo no piensas ni siquiera en...

ELOISA: Alejandro me habló que te tenía una sorpresa. Seguro que...

ANA: ¿Una sorpresa? ¡Sí! ¡Seguro! Seguro que me va a regalar un rosario. El me oyó quejándome de que el mío estaba ya tan viejo que se le había quitado el olor a rosas.

ELOISA: El rosario de Elena.

ANA: ¡No! ¡Es mío! Ella misma me lo regaló.

ELOISA: ¿Antes de casarse o el mismo día?

ANA: Bueno... más o menos... no sé... no lo recuerdo... total, eso pasó hace tanto tiempo que ni recuerdo ya si fue antes o después. ¿Por qué habría de recordarlo? ¿Qué importancia tiene?

ELOISA: Es que eran muy buenas amigas.

ANA: *(Comienza a barrer, compulsivamente.)* Sí... de la niñez... de la escuela... pero... una crece y una cambia y deja de verse y cada quien en sus cosas.

ELOISA: Los amigas, siempre son las amigas.

ANA: Pero una cambia, ya te dije... y más cuando una se casa.

ELOISA: Y mucho más cuando se tienen hijos. ¡Los hijos mantienen unido al matrimonio de las malas tentaciones!

ANA: Sí, así dice la Biblia.

ELOISA: ¿Y qué más dice tu Biblia sobre los hijos y las mujeres y las tentaciones y los pecados de la carne?

ANA: Muchas cosas, muchas cosas. Ahorita estoy muy ocupada, Eloisa, para ponerme a hablar sobre esos temas sagrados. Si quieres, hablamos cuando regreses. Déjame terminar de limpiar en paz.

ELOISA: Me enteré, que el marido de Elena es un borrachín.

ANA: *(Pasándole la escoba por los pies a Eloísa, a propósito, para apartarla y hacer que salga de la casa.)* Ese es problema de ella y... y... además... una no tiene por qué estar metiendo las narices donde no la llaman.

ELOISA: Pero hay que enterarse de todo, es parte de la vida, y si a una le cuentan ¿qué va hacer!

ANA: No oír. No escuchar. Es lo mejor para evitar la tentación.

ELOISA: ¿Pero cómo no va a oír una? Hay que escuchar y más cuando le cuentan algo tan picante.

ANA: *(Igual, barriendo y apartando a Eloísa.)* ¿Picante?

ELOISA: Sí, picante. Fíjate que el marido le pega a Elena porque ella no puede tener hijos varones y... ¿Sabes tú cuántas niñas tiene, una tras otra?

ANA: No sé, ni me interesa.

ELOISA: ¿Ni siquiera te lo imaginas?

ANA: No sé, no sé, me imagino que una chorrera.

ELOISA: ¡Chorrera! Ahora sí, Ana, ahora si vas directo a la Real Academia de la Lengua Española.

ANA: Eloisa, ahora tengo que pasar la cera para pulir el piso, así que es mejor que te vayas a cobrar tu pensión de una buena vez.

ELOISA: Tener un varón es lo más fácil del mundo, claro, tiene sus trucos. Por ejemplo. *(Persigue a Ana y la acosa.)* Dime, ¿estás de mal o de buen humor?

ANA: ¡Ya deja el fastidio, por favor!

ELOISA: ¿Lo ves? Estás de mal humor, eso quiere decir que si estuvieras embarazada tendrías una niña.

ANA: ¡No seas necia, te digo! ¡Ya déjame en paz!

ELOISA: *(De espaldas a Ana, sosteniéndola por la cintura.)* Te doy otro ejemplo, si una monedita resbala por tu espalda y cae de cara, nace un niño. Si cae del otro lado, parirás una niña.

ANA: *(Se gira y enfrenta, amenazante con la escoba a Eloisa.)* ¿Pero es que estás dispuesta a fastidiarme todo el día?

ELOISA: *(Le sostiene una parte de la escoba a Ana. Esta se niega a dejársela quitar y se aferra a la otra parte.)* ¡Y la horquilla del pollo! ¿Qué me dices de la horquilla de pollo? A mí no me falló, cuando tuve a Alejandro. *(Empieza a forcejear con Ana por tener la escoba.)* Mira, agarras la horquilla de pollo, así, bien duro, igual que sostienes la escoba. Ahora jala, jala, intenta quitármela. *(Ana lo hace, inútilmente.)* Así, muy bien. Ahora imaginemos que yo soy tu marido y tú eres mi mujer. Entonces tú jalas la horquilla de pollo por un lado y yo por el otro. *(Forcejean por la escoba.)* Ajá, así, muy bien, lo estás haciendo muy bien Ana. Ahora, si la parte más larga queda en la mano de tu esposo, nacerá un niño. Si la parte más chiquita de la horquilla de pollo te toca a ti, tendrás una niña. ¡Es facilísimo! *(Eloisa jala con fuerza y le arrebató la escoba a Ana.)* Te jodiste, tendrás una niña.

ANA: ¡Grosera! ¡Grosera! ¡Mal hablada! ¡Ya me tienes harta con tus estupideces!

ELOISA: ¿Estupide...

ANA: Sí, estupideces, no es otra cosa, todo el santo día has estado hablando pazjuatadas.

ELOISA: ¡Pazjuatadas! ¡Qué maravilla! ¡Otra de tus palabras antañonas! ¡Tu libro será todo un best sellers! ¡El Nóbel, Ana, quién quita que te nominen al Nóbel por lo menos!

ANA: Pazjuatadas, tonterías, sandeces, eso es lo hablas.

ELOISA: ¡Ajá! ¡Te descubrí! ¿Qué escondes en la mano?

ANA: *(Se mira rápidamente la mano izquierda.)* ¿Qué? Nada.

ELOISA: ¿Lo vez? ¿Lo vez? A las pruebas me remito. Ese es otro ejemplo. Te miraste la mano izquierda. Ya es indudable, tendrás una niña.

ANA: *(Intenta salir de la sala para huir hacia su cuarto.)* No te soporto más.

ELOISA: (*La persigue y le cierra el pasó.*) Pero lo más efectivo para tener un niño, lo mejor y lo más sabroso y que te lo recomiendo abiertamente y por experiencia, es acoplarse con fuerza en el período de luna creciente. (*Hace un gesto largo y lujurioso y grotescamente sexual frente a Ana.*) Así, así, así.

ANA: (*Horrorizada, levanta la mano para abofetearla pero da un traspiés y se sostiene adolorida la cadera.*) Ay, ay.

ELOISA: (*Ayudándola. Preocupada.*) ¿Qué te sucede?

ANA: (*Intensamente adolorida.*) Es la espalda, otra vez.

ELOISA: Eso te pasa por porfiada. No tomas los remedios que te mandó el médico.

ANA: Asco, saben horrible.

ELOISA: Tampoco te has hecho la cura que te dije.

ANA: Porque es ridícula.

ELOISA: Pero efectiva. Ven. (*La sienta en la silla sin brazos y le quita un zapato.*)

ANA: Devuélveme mi zapato. No quiero, no quiero.

ELOISA: Es una cura egipcia, muy antigua y efectiva. (*Va con el zapato hacia el armario, saca un serrucho y corta el tacón del zapato.*)

ANA: Ay, no, no, no cortes mi zapato. No lo voy a usar así. Prefiero morirme del dolor antes de hacer el papel de loca.

ELOISA: Ninguna loca. Fíjate que Cleopatra, que tenía tu mismo problema, se hacía esta cura.

ANA: Es un invento tuyo.

ELOISA: No señora, es algo científico, fíjate que hasta el médico lo recomendó.

ANA: No oí nunca que hubiera dicho eso.

ELOISA: (*Termina de cortar el tacón del zapato.*) Yo sí, muy claramente.

ANA: Mentirosa.

ELOISA: Sí, señorita. El fue enfático, aparte de los jarabes dijo que para esa desviación de la columna, lo mejor era que usaras un tacón sí y otro no.

ANA: No, no, yo nunca oí eso. El habló de zapatos ortopédicos, de unos especiales, de un zapato con unos centímetros más alto que el otro y hasta te dio la receta para que me los mandarás hacer.

ELOISA: Ah, porque los médicos ahora son todos unos comerciantes. Ya tú vas a ver que esto es lo mismo y nos ahorramos un dinero que nos hace falta para otras cosas.

ANA: Para tus apuestas, por ejemplo.

ELOISA: Dame el pie.

ANA: No quiero y no quiero.

ELOISA: *(Le coloca a Ana, a la fuerza, el zapato con el talón recortado.)* Es por tu bien. Ajá, así, ya está. Ahora levántate y camina un poco para ver cómo te sientes.

ANA: No voy a dar ni un solo paso con estos bichos.

ELOISA: Pero si es por tu bien. Mira, si quieres yo recorto el mío y caminamos las dos para que no te sientas tan sola y hasta podemos formar un dúo y bailar y cantar en algún bar. *(Como un presentador.)* "Damas y caballeros, con ustedes, el dúo Las Cojas"

ANA: No te burles.

ELOISA: Bueno, camina, un poquitico.

ANA: No. Nunca. No lo voy a hacer.

ELOISA: Allá tú, pero te digo, no me pidas después que deje de fumar.

ANA: Más tarde lo hago.

ELOISA: No, ahora.

ANA: No, no, cuando esté sola lo hago, te lo prometo.

Ana hace el gesto grotesco y solemne de promesa convenido por ellas. Eloisa le responde con el mismo gesto.

ELOISA: Ya sabes, lo prometiste y eso es sagrado.

ANA: *(Aliviada y quitándose ambos zapatos.)* Sí, sí, está bien, pero ahora vete que estoy atrasada.

ELOISA: También puedes hacer lo siguiente. Caminas quince minutos con los zapatos y quince minutos descalza.

ANA: No he hecho nada hoy. Ni siquiera el almuerzo. De repente se aparece tu esposo y aquí no hay ni café. No puedo estar pendiente cada quince minutos de quitarme y ponerme los zapatos.

ELOISA: Tengo una idea mejor. Mientras vas haciendo los oficios de la casa, vas contando hasta con los zapatos puestos y luego mil cuando estés descalza, para descansar.

ANA: Mil.

ELOISA: Sí.

ANA: ¿Para descansar?

ELOISA: Sí.

ANA: Muy divertido. Tengo otra idea mejor.

ELOISA: ¿Sí? ¿Cuál?

ANA: Acaba de irte.

ELOISA: Bueno, está bien, ya me voy, pero acuérdate de lo prometido, te colocas los zapatos.

ANA: ¿Puedo pedirte algo?

ELOISA: *(Ya para salir, al pie de la puerta.)* Por supuesto.

ANA: Compra unas flores y se las colocas a papá.

ELOISA: Mamá también está muerta.

ANA: Pero es que de la tumba de papá nunca te acuerdas.

ELOISA: Eso te lo dejo a ti, que eras su consentida.

ANA: No era su consentida, lo que pasa es que él se sentía muy solo. Hablaba conmigo porque se sentía solo.

ELOISA: Después de pegarle a mamá.

ANA: Eso ya pasó. Están muertos.

ELOISA: Yo no.

ANA: No es de cristianos odiar.

ELOISA: Soy atea pornográfica, tú misma lo dijiste.

ANA: Estaba disgustada, no lo dije en serio. (*Pausa corta.*) Sufría. Él sufría mucho y más en las noches. ¿Te acuerdas que yo o mamá debíamos dormir cerca de su cama?

ELOISA: Perfectamente.

ANA: ¿Sabes por qué era?

ELOISA: No, ni me interesa. Adiós, se me hace tarde.

ANA: Era por un sueño.

ELOISA: Cuéntamelo. Tal vez lo juegue.

ANA: Papá siempre soñó que entraba a una casa que le era conocida. La casa no tenía muebles, solamente habitaciones cuadradas, vacías, blancas, sin ventanas. Pero papá estaba seguro que en esa casa vivía alguien. Que ahí vivían muchas personas conocidas, como de la familia.

ELOISA: ¡Familia!

ANA: Recorría las habitaciones y no encontraba a nadie. Quería salir y no encontraba la salida. Corría por esa casa, desesperado, mudo, tratando de gritar y no podía. Corría por esa casa subiendo y bajando escaleras que conducían a otras habitaciones blancas, vacías. El decía que era como una casa ciega, sin ojos.

ELOISA: ¡Viejo loco!

ANA: Pero cuando ya sentía que se ahogaba, que no podía respirar, se acordaba que estaba en un sueño. Que era otra vez el mismo sueño que siempre tuvo de niño y que debía que despertarse, a juro. Tenía que despertarse porque sino se iba a quedar en esa casa perdido para siempre. Entonces se detenía en medio de una de las habitaciones y con todas las fuerzas se quejaba. Pero sólo le salía un quejido muy finito, que nadie oía y tenía las manos paralizadas y las trataba de mover, pero solamente el dedo meñique le comenzaba a temblar. Mi mamá o yo teníamos que estar a su lado mientras dormía y estar pendiente, siempre mirándole el meñique. Cuando veíamos que el meñique se le movía un poquitico, enseguida mamá o yo sabíamos que estaba soñando otra vez con esa casa, que estaba ahí perdido. Inmediatamente le movíamos la cabeza de lado a lado y él se

despertaba casi sin poder respirar y nos miraba, nos miraba agradecido, nos miraba como bueno. (*Pausa corta.*) Él nos contó que la casa era siempre la misma, sólo que en cada sueño se hacía cada vez más grandes, con más cuartos vacíos.

ELOISA: Tendré que buscar ese sueño en el libro de San Cono, para saber que número le toca. Puede ser que el maldito viejo después de arruinarse nos dejara como herencia un sueño y volvamos a hacernos millonaria.

ANA: A Perla, a Perla, aunque era nuestra hermana mayor, no quiso que le vigilara el sueño porque descubrió que ella nunca lo despertaba de su pesadilla. Desde ese día fue que empezó a tratarla mal, a no hablarle. Por eso fue que también la mandó fuera del país, a ese internado de señoritas. No, Perla nunca lo llamó.

ELOISA: Y cuando se despertaba de su pesadilla de borracho, le pegaba y le pegaba con su correota, sin misericordia, hasta levantarle el pellejo.

ANA: ¡Tenía miedo!

ELOISA: Con esas borracheras en las que llegaba cayéndose, cómo no iba a tener miedo de morir.

ANA: Estás equivocada, lo de las borracheras fue después de lo que hizo Perla.

ELOISA: Aún lo defiendes.

ANA: Siempre.

ELOISA: Eres una buena cristiana.

ANA: Espera, no te vayas, escúchame.

ELOISA: ¿Aún hay más?

ANA: La última vez se levantó contento. Yo creí que no había soñado con la casa, pero no, no era así. Me dijo: "Por fin alguien me abrió la puerta de esa casa grande. No pude verle la cara, pero yo sé que es de la familia". (*Pausa corta.*) Esa misma noche murió, dormido, en su cama. Yo no lo vi mover el dedo. Murió, sereno, tranquilo y... y parecía feliz.

ELOISA: Tenía que estarlo porque esa noche llegó más borracho que nunca, nos golpeó a ti, a mi mamá, a mí, luego se atragantó de comida, se acostó y murió. Cuenta la historia completa. En la mañana nadie aguantaba su olor.

ANA: Por Dios, Eloísa.

ELOISA: Esa casa era el infierno, ahí debes estar junto con sus amigos, los otros borrachos. Papá tenía el alma podrida.

ANA: ¡Respetá!

ELOISA: Te voy a contar algo de lo que siempre me acuerdo. Cuando a mamá la hospitalizaron, por su culpa.

ANA: ¡Estaba enferma de unos puyasos que sentía en la cara!

ELOISA: ¡Porque él la mortificaba!

ANA: ¡No es verdad! Los doctores dijeron que eran los nervios.

ELOISA: Nervios de su marido. Nervios de él, de ese viejo inmundo que la maltrataba, que la llamaba vaca paridora de vacas. “¡Ven, vaca, ven a la cama y abre las patas, vamos a ver si esta vez te nace un becerro!” Eso le gritaba.

ANA: No te voy a oír. *(Se tapa los oídos y canturrea como una niña que no quiere escuchar.)* Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: No importa, hablaré para mí. Me contaré cómo nos paraba en ese rincón de la sala y él bebía con sus amigos, mientras mi mamá estaba en el hospital. En ese maldito hospital donde nunca nos dejaron subir a verla.

ANA: Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: Me seguiré contando una y otra vez cómo él junto con sus amigos se reían a carcajadas, cuando arrugábamos la cara al tragar ron. Sí, ¡ron!

ANA: Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: ¡Ron! ¡Ron! ¡Ron! Nos tapaba la nariz y nos empinaba la botella de ron en la boca. ¡Y él festejaba! ¡Él reía con sus amigos cuando corríamos al baño a vomitar!

ANA: Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: Y en el baño nos escondíamos, las dos, abrazadas, llorando. ¿No te acuerdas de eso? Hasta que a algunos de sus amigos se les antojaba orinar y lo hacía, ahí, delante de nosotras mientras nos miraba, babeante.

ANA: Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: Y luego llegaba él y nos arrastraba, cayéndose de la borrachera, nos arrastraba hasta la sala y arrimaba a patadas esos muebles y te ponía adelante y a mí atrás de ti y yo tenía que ponerte la mano en el hombro.

ANA: Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: Y nos hacía marchar en círculos, con la correota en la mano porque estábamos castigadas por estar en el baño de los hombres mirando lo que no se debía. Castigadas por... por... "Putas desde chiquita". "Putas, todas son putas desde niña" ¿No te acuerdas de eso, Ana?

ANA: Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: Y entonces, él y sus amigos coreaban mientras nosotras marchábamos por la habitación, coreaban: "Tua Tua Tua La Pava, Tua Tua, Tua El Pavito"

ANA: Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: "Tua Tua Tua, La Pava. Tua Tua Tua, El Pavito"

ANA: Lero, lero, lerito, lero, lero, lerito, no te escucho nada, no te escucho nada, lero, lero, lerito.

ELOISA: Y yo no quise cantar más. No quise marchar más. Y me puse a llorar y mi papá me sacó ahí afuera, a la calle, me llevó hasta la esquina y ahí me dejó.

ANA: El fue a buscarte.

ELOISA: Al otro día.

ANA: Pero te buscó y tú no estabas ya ahí, sino que te encontró como veinte cuabras más abajo, en la plaza, dormida. Claro que me acuerdo, yo lo acompañé, él estaba desesperado y cuando te encontró te abrazó.

ELOISA: ¡Llorando de arrepentimiento!

ANA: Debes aprender a perdonar.

ELOISA: No tengo nada que perdonar.

ANA: Dios quiera que sea así.

ELOISA: Bienaventurados los que sufren porque...

ANA: ... ellos serán consolados.

ELOISA: *(Aplaudiendo.)* Muy bien... muy bien, niña, tienes veinte puntos en religión.

ANA: Lo dice la Biblia.

ELOISA: Pero no dice que cuando nos tocó a nosotras, cuando esperábamos que nos consolaran, nadie apareció.

ANA: Eso es el pasado. Ahora tienes un esposo que te adora, un hijo que te idolatra. Hay un tiempo para todo.

ELOISA: No. Antes sí. Ahora no tenemos tiempo.

Pausa.

ANA: *(Como si nada hubiese ocurrido.)* Perla debe llegar de un momento a otro.

ELOISA: *(Igual que Ana, como si nada hubiese ocurrido.)* Debes darte prisa.

ANA: *(Barriendo compulsiva.)* Media mañana... media mañana perdida.

ELOISA: Media mañana. *(Abre la puerta de la calle.)*

ANA: ¡Eloísa!

ELOISA: Ya sé.

ANA: ¡Rosas rojas para mamá! ¿Y?

ELOISA: ¡Rosas blancas para papá!

Eloísa sale cerrando la puerta tras de sí.

Ana, escoba en mano, se acerca a la puerta de la calle, la entreabre, se cerciora que Eloísa se ha ido. Cierra la puerta y corre, sin soltar la escoba, hacia donde están sus zapatos.

Ana se calza el zapato que está bien y el otro que Eloísa le ha mechado el tacón.

Se pone de pie.

Barre y camina cojeando mientras recita, feliz y exageradamente.

ANA: ¡Ay! padre, amigos, madre,

Y hermanos ¡ay! testigos

de la florida, rápida, pasada juventud...

Mientras Ana recita cojeando, cae telón lento.

SEGUNDO ACTO

El mismo día. En la tarde.

Ana ya ha limpiado la sala. Todo luce relumbrante, pero igual de deteriorado por el tiempo.

Ana, recién bañada, descansada, está ataviada con un sencillo vestido de flores. Su cabello está peinado con dos colas de caballos. Calza unos zapatos escolares, de patente. Toda su indumentaria le da un aire aniñado, infantil, sin dejar de ser patético. Se encuentra limpiando la taza a la cual le falta el plato. Se oyen ruidos en el exterior de alguien que llega. Ana presta atención con evidente ansiedad sin moverse de su sitio y sin soltar la taza. Sonidos de pasos. Se abre la puerta de la calle y aparece Eloísa. Trae una bolsa grande con comestibles y bebidas y en donde se asoma un periódico.

ELOISA: Pasa una la vida entera enseñando, aguantando unos niños que no son tus hijos, te pagan por eso una miseria y encima, cuando te jubilan y piensas que descansarás, tienes que hacer una cola kilométrica para cobrar un dinero que apenas te alcanza para la comida. Los jubilados deberíamos pedir que se nos aumentara la pensión cada año. *(Coloca la bolsa sobre la mesa de recibo.)*

ANA: Por favor, lleva la bolsa a la cocina. No me gusta ver nada fuera de lugar y además se va a empañar la mesita. Me he pasado la mañana entera arreglando esto y...

ELOISA: *(Sentándose, despaturrada.)* Será toda la tarde.

ANA: Está bien, toda la tarde, si lo prefieres así, ése no es el caso. No voy a tolerar que tú, en un segundo, me dejes la sala hecha un chiquero.

ELOISA: Vengo de la calle, asada por el sol, con los pies destrozados de hacer cola en el banco, cola en la carnicería y cola para tomar el autobús; maltratada por los empujones de la gente que anda como loca, apurada, hablando y hablando y aún quieres que llegue arreglando.

ANA: Está bien, discúlpame.

ELOISA: Perdonada está, señorita.

ANA: Pero no me vengas a decir que aquí en la casa no se trabaja.

ELOISA: ¡Chorreas sudor!

ANA: ¿Crees que mantener una casa en orden, no es trabajo?

ELOISA: Puede ser.

ANA: Tú te distraes, sales, hablas. En cambio yo, aquí, encerrada todo el santo día, tratando de que este hogar no se venga abajo.

ELOISA: Y esperando que yo regrese para pelear porque, según parece, es tu única distracción.

ANA: Pero qué te cuesta llevar eso adonde corresponde. Además no quiero que...

ELOISA: Que esto esté así cuando ella llegue.

ANA: Exacto. Así es.

ELOISA: ¿Y tú crees que vendrá?

ANA: Estoy segura.

ELOISA: ¿Y por qué?

ANA: Hoy es el día, ¿no?

ELOISA: Siempre era mañana.

ANA: Pero ya es hoy. ¿A qué otro lugar podría ir?

ELOISA: Sí. Supongo que en treinta años de ausencia por viajes triunfales, se deja de conocer a mucha gente.

ANA: ¡Eloísa! Por favor. *(Pausa corta.)* Ya está arreglada su habitación. Aunque me hacen falta unos girasoles, le gustaban tanto.

ELOISA: *(Como dictando una clase.)* Para hacer la limpieza en la habitación donde hay un enfermo...

ANA: ¡Eloísa!

ELOISA: ... a fin de tenerla libre de polvo que puede ser muy perjudicial, se debe pasar por la alfombra un paño que se ha metido en agua caliente con algunas gotas de amoníaco.

ANA: ¡Cállate!

ELOISA: Claro que primero, para evitar que la alfombra se empape, se debe exprimir muy bien el paño. Lo mismo debe hacerse al limpiar los muebles.

ANA: ¡Basta! No puedes abrir la boca sino para destruir. No deberías salir a la calle, te traes sólo lo malo. Regresas endemoniada. Quédate aquí. Lee. No salgas. Escucha la radio para que te des cuenta que cada día hay en la ciudad un crimen más espantoso que otro. Respeto. Eso es lo que te hace falta, respeto. El respeto, eso es lo que nos está faltando.

ELOISA: *(Se levanta y recoge la bolsa.)* Respeto.

ANA: Sí, por eso es que el mundo marcha tan mal.

ELOISA: *(Dirigiéndose a la cocina.)* Respeto.

ANA: Déjame el periódico.

ELOISA: ¿Crees que volverá a ser noticia? O aún crees que dirán: "Hoy regresa de Europa, donde triunfó rotundamente, la señorita Perla Guerrero de..." *(Pausa.)* Te falta un compañero.

ANA: ¿Qué dices?

ELOISA: Para tu taza. ¿No te hace falta un plato para ella? *(Saliendo.)* No te puedo prestar el periódico porque voy a leer las comiquitas, en el baño, sentada en la poceta y pujando feliz. *(Sale riéndose.)*

ANA: ¡Asco! ¡Cochina! *(Pausa. Deja la taza sobre la vitrina, cerca retrato del hombre vestido de militar. Se detiene un instante y escucha por si acaso regresa)*

Eloisa. Confiada de estar sola, va hacia el espejo y se mira. Se comienza a acariciar.) Busqué... busqué... busqué en todos los sitios que pasaste la manera de ahogar tus silencios. Quise que tus silencios se fueran repitiendo en mis ecos. Sí, en mis ecos. Te llamaba en ecos. No, no. Cálmate. No pienso nombrarte más. Pero... quiero decirte que en todos mis ecos estaba tu cicatriz muda, martirizándolos. Eco de tus silencios, fui. Mi puro eco de virgen y tu silencio de señora, de gran dama. *(Pausa corta.)* Ahora me dirás que me confundí, que fueron los atardeceres que pasamos aquí frente al espejo donde yo peinaba y besaba tus cabellos. *(Pausa corta.)* Tus cabellos... tus hombros... tus caderas. Esos atardeceres no se fueron, se quedaron aquí, en esta sala, dentro de ese espejo en que te amé sin decírtelo. Cada uno de tus atardeceres vive aún en mí... como un eco que se me repite por la piel, por la sangre, por los huesos. ¿Es que acaso nunca lo comprendiste? Yo quería multiplicar el eco de mis imágenes para ofrecértela, buscar en torno a cada uno de mis poros, profundamente, tu quietud, ese callártelo todo. *(Se acaricia, masturbándose, lentamente, frente al espejo.)* Estamos empezando a ser esa mezcla, exacta, de tus silencios y mis ecos. *(Besa el espejo hondamente, con ternura.)* Elena. *(Masturba su cuerpo reflejado en el espejo.)* Elena. *(Devora a besos el espejo.)* Elena, Elena, Elena. *(Llega a un gran orgasmo.)* Elena. *(Se deshace y queda sentada, recostada al espejo, con sus manos entre las piernas, en éxtasis, en el grado máximo de su felicidad. Pausa larga.)*

Eloisa llega corriendo y llamando a Ana. Ahora Eloisa vista un ajustadísimo pantalón corto, de cuero, rojo. Lleva una blusa transparente donde se pueden percibir sus marchitos senos. La blusa va amarrada dejando al descubierto el ombligo. Unos zapatos altos, de plataforma, muy modernos, completan su grotesco atuendo. Esgrime el periódico, entusiasmada y llamando a Ana, quien sale de su éxtasis bruscamente y trata de recuperarse.

ELOISA: ¡Ana! ¡Ana! ¡Ana! ¡Ana! ¡Te lo dije! *(Le entrega el periódico a Ana.)* Es que estas cosas me suceden solamente a mí.

ANA: ¿Pero qué pasó?

Ana se sienta en un mueble a buscar en el periódico con ansiedad.

ELOISA: Pasó lo de siempre. Pasó que no debo hacerle caso a la gente y jugar lo que yo crea. El ochenta y cinco. ¡Ochenta y cinco! ¿Te acuerdas del sueño que tuve anteanoche? Yo estaba montada en el ala de un avión, no sé por qué. De repente el avión se puso altísimo y no podía bajarme. Entonces comenzó a moverse para despegar. Ahí me desperté. Avión volando, es el treinta y seis. Avión en tierra que intenta despegar, es cincuenta y ocho. Ahora, los sueños donde hay peligro se juegan volteados, al revés, o sea ochenta y cinco. Pero la culpa es de Raquel, la viejita esa. Me convenció para que jugáramos a medias el número de su cédula de identidad, dizque porque todos los años, por esta fecha, sale en primer premio. Perdí. Perdí, por supuesto que perdí. Es que si hubiese

apostado a mi sueño, ganamos y mandaríamos a arreglar esta casa y compraríamos todo nuevo. Ah, pero mañana no pierdo. Mañana juego solamente sueños. ¿Tú qué soñaste?

ANA: *(Doblando cuidadosamente y con evidente decepción el periódico.)* ¿Qué soñaste tú?

ELOISA: Ah, no. Hoy jugamos con tu sueño. Dime.

ANA: Nada.

ELOISA: ¿Cómo qué nada? Siempre sueñas más que yo. Lo que pasa es que hoy estás con más chochera que nunca. Después quieres y que te compre un rosario nuevo, o que te compre una Biblia de las blancas y de cintita dorada. O que salga corriendo en plena noche a comprarte velones porque se te acabaron y es el Día de las Ánimas, o el Día de los Muertos, o es el Día de San Antonio, o el Día de San Benito o el de San Patricio y hasta Día del San Cudo y el día del San Cocho debe haber, porque ya perdí la cuenta de los días que tienes que celebrar del santoral. Ah, pero entonces, sí. Ahí sí. Ahí si vienes a pedirme que salga de noche y corriendo, para que te compre que si velitas, velas y velones. Está bien, está bien, en la bajadita te espero. Ya verás que no me va a importar. Ya verás que te quedarás sin...

ANA: Soñé... ¡Con una iglesia roja!

ELOISA: *(Rápidamente.)* Iglesia es el diecisiete.

ANA: Yo caminaba hacia el altar. En los bancos había unas personas gordas que secreteaban y cuando me vieron ocultaron algo... como una culebra.

ELOISA: ¡Peleas! Culebra es peleas. Culebra es el doce. El doce, como el número de los discípulos en la Última Cena. El doce, al revés, veintiuno. Peleas.

ANA: Y un señor gordo, con una larga barba negra, me gritó: "¡La viste! Vamos a soltar esa culebra cuando empiece la comida azul." Yo corrí hacia el altar. *(Empieza a sollozar.)* Yo le quería avisar al padre Rafael... y ahí estaba el padre Rafael. *(Pausa corta, llorando.)* Con Perla... Perla estaba sentada en una de esas sillas para dentistas y el Padre le estaba sacando los dientes, todos, se los fue sacando todos y metiéndolos en el cáliz. ¡Perla quería gritar y no podía. *(Aterrada.)* El Padre giró hacia mí... me llamó así... revoloteando una mano. Una mano llena de sortijas con rubíes, esmeraldas, topacios y aguamarinas. El padre Rafael me llamaba para que me sentara sobre sus piernas. ¡El padre Rafael quería sacarme todos los dientes! Yo no fui y él se empezó a acercar, amenazante, apuntándome con un alicate que llevaba en su mano ensortijada. Entonces me levanté y corrí por encima de los bancos de la iglesia y vi que, en el piso la culebra estaba suelta y giraba persiguiéndose la cola mientras me veía y

me sonreía con un diente de oro que iluminaba toda la iglesia. Me seguía, me perseguía también. La culebra quería picarme y yo seguía saltando de banco en banco porque sabía que había comenzado la comida azul. *(Llorando a torrentes.)* ¡La comida azul! *(Detiene el llanto de inmediato y habla normal, tranquila, como si no pasara nada.)* La comida azul.

Gran silencio.

ELOISA: *(Horrorizada.)* La muerte. Soñar con dientes es la muerte. Soñar con dientes es el noventa y nueve, número que está al final de la vida. *(Pausa corta.)* Voy a jugarle todo.

Silencio.

Ahora conversan con absoluta normalidad, como si nada de lo dicho les hubiese afectado en absoluto.

ANA: Necesito un misal.

ELOISA: ¿Y el de la semana pasada?

ANA: Necesito uno de los rosados. Es para mi retiro espiritual.

ELOISA: Ya no me queda dinero, Ana. Tendré que pedirle esta noche a Abraham a ver si me da, si no, se lo robaré cuando duerma. *(Ríe.)*

ANA: No es bueno que le jorungues los bolsillos a tu marido, y menos si es para quitarle dinero.

ELOISA: Es que Abraham se ha vuelto un tacaño. No quiere darme ni un centavo porque dice que todo me lo juego.

ANA: ¿Y no es verdad?

ELOISA: Una tiene que distraerse.

ANA: Pero no las veinticuatro horas del día.

ELOISA: No lo defiendas, Ana. Debes reconocer que tengo el esposo más avaro del mundo.

ANA: Los militares son así.

ELOISA: Por eso es que no quise que Alejandro estudiara para militar, por eso nunca le he recriminado que estudiara para abogado. Los abogados son más sueltos con el dinero.

ANA: Mejor estaría como sacerdote.

ELOISA: Sí, lo sé. A ti te hubiera gustado mucho.

ANA: ¿A ti, no?

ELOISA: Es lo único en lo que coincidimos. Aunque como abogado no le ha ido mal. Fíjate que ayer me dijo que había ganado un juicio muy importante.

ANA: ¿Ayer?

ELOISA: En la tarde.

ANA: ¿Por qué no me avisaste que mi sobrino había llegado?

ELOISA: Dormías.

ANA: ¡Pues me hubieses despertado!

ELOISA: Cálmate, no te sulfures.

ANA: No me calmo y sí me sulfuro, porque tú sabes perfectamente que me encanta hablar con mi sobrino. Es un hombre muy religioso.

ELOISA: Pues fue él quien me dijo que no te despertara.

ANA: (*Pausa.*) Y... no te dijo cuándo es la fecha de su boda. ¿Cuándo es que se casa?

ELOISA: ¡Dentro de mucho tiempo!

ANA: Pero él me dijo que pensaba casarse a fin de mes.

ELOISA: ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Lo dices para mortificarme!

ANA: El me lo dijo.

ELOISA: ¡No! Eres una mentirosa, una egoísta. Siempre has querido quitarme a mi hijo porque tú nunca tuviste.

ANA: No me hacían falta.

ELOISA: ¡La santa! ¡La inmaculada! Ya sé lo que tú eres.

ANA: También yo.

ELOISA: Cuando venga Alejandro te voy a desenmascarar, así sabrá él, quién es su tía querida y santurróna.

ANA: Díselo. Perfecto. Díselo. Así arreglaremos esto de una vez por todas a ver...

ELOISA: *(Interrumpiéndola.)* ¡La culebra!

ANA: *(Grita espantada y se monta sobre uno de los muebles.)* ¡Dios mío!

ELOISA: ¿Te das cuenta, Ana? Estamos peleando. Culebra es peleas. Tiene que ser así para que se cumpla eternamente lo que está escrito en los sueños. La culebra.

ANA: Peleas.

ELOISA: Ya comenzamos. Los sueños nos persiguen.

ANA: *(Santiguándose.)* ¡Ave María Purísima!

ELOISA: Reza, Ana, por favor, reza. Reza, para que los sueños se extravíen y no nos encuentren.

ANA: Recemos las dos juntas.

ELOISA: Imposible. Reza tú. Yo te vigilaré para espantar a los sueños.

ANA: *(Comienza a rezar.)* "Dios te salve María llena eres de gracia..."

ELOISA: *(Con temor. Premonitoria.)* La culebra es el doce, peleas. El doce, al revés, es veintiuno, peleas.

Se va iluminando en sepías el interior de la sala.

Se comienza a escuchar a alguien que llega de la calle.

Se abre la puerta de la calle y vemos a Perla, vestida de colegiala, con uniforme de gala de un internado de 1900. Perla queda ante la puerta en un exagerado gesto de grande actriz frente a un escenario.

Se ilumina dentro del gran espejo y vemos a Sarah Bernhardt en todo su esplendor. Mientras Sarah Bernhardt dice su monólogo, Perla hace los gestos y acciones correspondientes al mismo. Ana y Eloisa hacen transición hacia la infancia y actuarán como niñas al dirigirse a Perla.

SARAH: "Mujeres corintias, he salido de la morada para que no me censuréis".

ANA: ¡Perla!

ELOISA: ¡Perlita!

SARAH: "La justicia en efecto, no reside en los ojos de los hombres, y antes de conocer el corazón de un hombre, se lo odia por lo pronto, sin que nos haya hecho ninguna injuria".

ANA: ¿Perla, te fugaste del internado?

SARAH: "¡Pero la desdicha imprevista me ha herido, ha perdido mi alma, y me muero privada de la voluptuosidad de la vida, y deseo morir, amigas!"

ELOISA: ¡Ya sé! ¡Ya sé la obra que estás diciendo!

ANA: ¿Sabes qué va a pasar, Perla, cuando mi papá se enteré de que te fugaste?

SARAH: "Aquel a quien consagré mis más preciados bienes, mi marido, se ha tornado en el peor de los hombres. Entre todos los que respiran y tienen un pensamiento, nosotras las mujeres somos las más miserables".

ELOISA: (*Cantando y bailando como niña.*) ¡Medea! ¡Medea! Es Medea. ¡Es Medea! Lo sé. ¡Es Medea!

SARAH: "... y hay mucho peligro en saber si el marido es bueno o malo, porque el divorcio no es honroso para las mujeres, y no podemos repudiar a nuestros maridos."

ANA: (*Asustada, lloriqueando, como niña.*) ¿Y ahora qué vamos a hacer? Cuando mi papá se entere de que te fugaste, nos pegará a todas.

SARAH: "Cuando le pesa la vida doméstica, el hombre sale de casa y se libra del fastidio de su alma con algún amigo o con la charla de los dos de su misma edad; pero a nosotros nos constriñe la necesidad de no mirar más que en nuestro propio corazón."

ELOISA: (*Coreando.*) ¡Medea! ¡Medea! ¡Medea! ¡Medea!

PERLA: "Dicen que vivimos en las moradas al abrigo de todo peligro y que ellos combaten con la lanza; pero piensan mal, pues tres veces más me gustaría llevar escudo que parir una sola vez."

Se oscurece el espejo donde está Sarah Bernhardt y la dejamos de ver.

Se intensifica la iluminación sepia en la sala.

ELOISA: (*Aplaudiendo a Perla.*) ¡Viva! ¡Viva! Tú recitas igualito a Sarah Bernhardt. (*La abraza.*) Perla, qué bueno que viniste.

ANA: ¿Te dieron vacaciones, verdad? Dime por favor que te dieron vacaciones, Perla.

PERLA: No, Ana. Me vine. Me fugué. No quiero estar más nunca en ese internado.

ANA: ¿Te fugaste? Te fugaste. Ay, Dios mío, te fugaste.

PERLA: Sí, Ana, me fugué. ¿Y qué? (*A Eloísa.*) Adivina.

ELOISA: ¿Qué?

PERLA: (*Paseando por la sala, modelando, como si fuera Sarah Bernhardt.*) Fíjate, Eloisa, fíjate bien. Tengo mucho parecido con Sarah Bernhardt. Mido 1,65; el número de mis botas es 36, el de mis guantes 6 1/4. Claro, sólo me falta es el cabello rubio, de un rojo subido, pero tengo pocas cejas como ella. Tampoco mis ojos son azules como los de la divina Bernhardt, pero tengo sus labios finos, muchos nervios y además. (*Muestra los senos.*) ¡Tampoco uso corsé!

ELOISA: A mí no me han salido los senos, pero me pongo bastante algodón en el pecho y así parece que yo tuviera unas tetas grandísimas.

ANA: Mi papá te va a matar, Perla, cuando se entere.

PERLA: Ahora mira, Eloisa, acércate, te das cuenta, tengo la misma nariz aguileña que Sarah Bernhardt.

ELOISA: Eres igualitica a ella, eres su vivo retrato. Si yo las viera pasear por la calle juntas, no sabría quién es quién.

PERLA: (*Sentándose a lo largo, en un mueble, como una diva.*) Hoy en día la vida de Sarah, en París, es muy sosegada. Leí que en un salón del piso bajo de su hotel, o en una serre convertida en salón, recibe el constante visiteo de sus familiares y amigos. A veces, cansada de halagos, no recibe a nadie y se refugia en un pequeño gabinete de su biblioteca.

ELOISA: ¡Qué increíble!

ANA: Mi papá te matará, Perla. Protégenos Santo Niño de Atoche. San Francisco de Asís, amansa a la fiera.

ELOISA: Cuéntame más, Perla, cuéntame más de Sarah Bernhardt.

PERLA: (*Con poses, exageradas, de excelsa diva.*) Qué te podría contar, que ya todo el mundo sabe. Ah, ya sé. Fíjate que Sarah Bernhardt fabrica su propio perfume, que tiene por base el iris y una misteriosa esencia oriental.

ELOISA: ¿Misteriosa?

ANA: ¿Y ahora, Perla, qué hacemos nosotras?

PERLA: (*A Ana, con fastidio.*) ¿Por qué?

ELOISA: (*A Perla, con entusiasmo.*) ¿Y qué más, qué más?

ANA: (*A Perla, con miedo, a punto de soltar el llanto.*) Mi papá nos pegará a las tres, lo sabes. Sacará su correota y nos pegará por tu culpa.

PERLA: (*A Eloísa.*) La rosa es su flor favorita. (*A Ana.*) No tiene por qué hacerlo, la que se fugó fui yo. (*A Eloísa.*) No le gusta la música.

ELOISA: ¿No le gusta la música? ¿Ni siquiera el joropo de Venezuela?

PERLA: Pero Eloisa, cómo vas tú siquiera a pensar que la gran Sarah conoce ese alboroto tropical llamado joropo. ¡El joropo la espantaría! Por otra parte, ella sabe dónde queda Londres, Roma, Alemania. La divina Sarah es un ser sublime, exquisito, por qué crees tú que ella debe saber que existe este vaporón sofocante llamado Venezuela. Además, a ella le gusta es la música de la naturaleza. Sí, ella prefiere el cántico de la naturaleza, la melodía que murmura en los bosques o en las olas.

ANA: Nos va a pegar, nos va a pegar a las tres por tu culpa.

PERLA: (*A Eloísa.*) Siempre está en su casa, casi nunca sale.

ELOISA: ¿Verdad que no? Yo se lo dije a Ana, pero ella dice que la señorita Sarah Bernhardt es una... una libertina. Yo peleé con Ana y les grité que no era ninguna libertina. ¿Qué es libertina, Perlita?

PERLA: Libertina es que no tiene respeto por ninguna religión. Lo cual es falso. La religión de ella es el teatro. Fíjate que ni fuma.

ELOISA: ¿Verdad que no?

PERLA: No.

ELOISA: Elena, la amiga de Ana, dice que sí, que fuma todo el día.

PERLA: Es falso. Nunca fuma. Ella se cuida la voz, su esplendorosa y única y potente voz. Fíjate que si un espectador está sentado en la última butaca, la escucha perfectamente, como si la tuviese al lado.

ELOISA: ¿Ni si quiera un cigarrito así, con pitillera larga?

ANA: Nos va a pegar.

PERLA: ¡Nunca!

ELOISA: Más, más Perlita, sígueme contando.

PERLA: Delira por los animales, cuanto más grandes y más feos mejor. Ha tenido un tigre y su ideal es tener un elefante.

ELOISA: ¡Uy! ¿Verdad? ¡Un elefante! ¿Ah, Perlita? ¿Un elefante? ¿De esos grises? ¿Verdad? ¿Un elefante? ¿Con trompa y todo? ¿Un elefante? ¿Ah? ¿Ah?

ANA: Por tu culpa, Perla, por tu culpa, por tu grandísima culpa, nos maltratan a todas.

PERLA: Ya, Ana, cállate, deja el lloriqueo. Mira, yo no voy a dejar que ustedes paguen por algo que yo he hecho.

ELOISA: *(A Perla.)* ¿Vamos a jugar a la gallinita ciega?

PERLA: Sí, vamos, Eloisa, aprovechemos que papá no ha llegado.

ELOISA: *(Muy alegre, toma a Perla de la mano.)* Vamos al patio. Ven tú también, Ana.

ANA: *(Lloriqueando.)* Nos pegará a las tres y yo no tengo la culpa.

PERLA: Ay, Ana, deja el miedo y el lloriqueo. Yo le diré a papá que quise hacerlo y que nadie más tiene la culpa.

ANA: De todos modos nos va a pegar. Él es así. Lo que hace una la pagan todas.

ELOISA: *(Tratando de llevarse a Perla, halando.)* Anda, pues, vamos a jugar al patio.

PERLA: Ese pedazo de... viejo. No dejaré que me vuelva a poner un dedo encima. Le diré que soy mujer y que voy a hacer mi vida.

ANA: Te romperá la boca.

ELOISA: (*Igual.*) Anda, Perla, vamos antes que oscurezca y llegue mi papá.

PERLA: Si papá me toca, no me verá más, lo juro.

ELOISA: (*Igual.*) Anda, vamos, Perlita, ya no sigas haciéndole caso a Ana.

PERLA: (*Con fastidio, a Eloísa.*) ¿Adónde?

ELOISA: (*Alegre.*) Ya tú sabes, a jugar a la gallinita ciega.

PERLA: (*A Eloísa. Con cariño.*) Más tarde, Nanita, ahorita estoy muy cansada, fue un viaje muy largo. Además Ana me puso de mal humor.

ANA: ¿De mal humor? Pues de nada te va a valer tu mal humor. Es mejor que te escondas y antes de ver a papá, hablas con mamá. Claro, a ella también le va a dar un ataque cuando te vea...

ELOISA: (*Lloriqueando.*) Lo prometiste, Perla. Prometiste que íbamos a jugar.

ANA: Mi papá también le va a echar la culpa a mi mamá y le gritará hasta hacerla llorar y...

PERLA: ¡Ana, ya está! Te dije que yo sé lo que hago. Le hablaré a papá. No voy a ir nunca más a ese colegio.

ELOISA: (*Igual, a Perla.*) Me lo prometiste, me lo prometiste.

ANA: Dios te va a castigar, Perla, ya lo verás. Eres una desobediente.

ELOISA: (*Igual.*) Anda, Perlita, sí, vale. Al patio... vamos a...

PERLA: (*Tajante. A Ana.*) He decidido ser actriz.

ANA: ¿Actriz?

PERLA: Como Sarah Bernhardt.

ELOISA: (*Insistente, como niña, igual.*) Perlita, Perlita, Perlita, vamos al patio...

ANA: ¿Qué? ¿Te volviste loca? ¿Cómo Sarah Bernhardt? Si ella es una...

ELOISA: (*Igual.*) Peeeeeerliiiiiiiiiiiiiitaaaaaaaaaaaaa...

ANA: (*Grita.*) ¡Cállate, Eloísa! ¡No fastidies más!

Eloisa rompe a llorar como una niña, desconsolada.

PERLA: A Ana. No le hables así. No tienes por qué regañarla. Yo soy la hermana mayor.

ANA: Mi papá me autorizó, como tú no estabas.

ELOISA: (*Gimoteando.*) Ella siempre me regaña y le mete chismes a mi papá para que me pegue.

PERLA: ¿Tú haces eso, Ana?

ANA: Cuando le digo algo a papá, es porque ella se ha portado mal y no quiere obedecerme.

ELOISA: Mentira, Perla. Ella quiere que me la pase rezando.

ANA: Tiene que aprenderse el catecismo, ha sacado muy malas notas en religión.

ELOISA: Todos los días, al regresar de la escuela, me lleva obligada a la iglesia y cuando no vamos se disfraza de cura y hace una misa en el cuarto y como no quiero jugar, me castiga arrodillándome sobre unos granos de maíz. Mira como tengo rota las rodillas.

PERLA: ¡Ana!

ANA: Ese castigo lo manda el cura, el Padre Rafael, a todas la niñas que son desobedientes, como Eloisa.

ELOISA: Yo no soy desobediente, yo no soy desobediente, tú me castigas porque yo no quiero jugar a la misa, o no quiero ser tu niño.

PERLA: ¿Ser el niño de Ana? ¿Cómo es eso?

ELOISA: Sí, Perla, sí. Ese juego se llama papá y mamá. Ana es el papá y su amiga Elena es la mamá. Ellas dos quieren que yo sea su hijo Pedrito y me hacen comer un plato lleno de cambures aplastados. ¡Guácatela! ¡Asco! "Ese niño no ha querido comer nada, me tiene toda mortificada, mi amor", dice Elena. Entonces Ana agarra la correota que tiene mi papá en el cuarto y me pega diciendo: "Come, Pedrito, come muchacho del carajo, muérgano, tarambana".

PERLA: (*Hacia Ana, indignada-*) Eres una maluca, una malvada, eres una bruta.

ANA: Mi papá me dio orden de que castigara a Eloisa. Quiere que ella sea una niña educada y no una falta de respeto como tú.

PERLA: ¡Lagartija!

ANA: Se lo diré a papá. Le diré cuando llegue que te fugaste y que me estás poniendo sobrenombres.

PERLA: Díselo, lagartija, si para lo único que sirves es para chismear.

ELOISA: Perlita, Perlita y Ana, Ana todavía se orina en la cama.

ANA: ¡Mentirosa!

PERLA: La lagartija se orina.

ANA: No le creas. Es que sudo mucho durmiendo.

ELOISA: No es verdad, Perlita. En la mañana la cama de Eloisa huele a puro meado. (A Ana.) ¡Meona! ¡Meona!

ANA: ¡Mentirosa! ¡Mentirosa!

PERLA: *(Cantando y bailando alrededor de Ana.)*

La niña lagartija

pimpollo de ruda

se orina en la cama

y dice que suda.

ELOISA: *(Coreando.)* Y dice que suda.

Cantan a dúo Perla y Eloísa, burlonas, alrededor de Ana, formando una rueda.

ANA: *(Escapándose del círculo formada por Perla y Eloísa.)* Mi papá las va a castigar a las dos, les va a pegar bien duro. Dejen que llegue del trabajo y le cuente las vulgaridades que me están diciendo. Les va a levantar el pellejo a correazos.

ELOISA: (A Ana.) ¡Meona! ¡Meona!

ANA: Vulgar, eres una vulgar, Eloísa.

Perla le dice, rápidamente un secreto al oído a Eloísa. Ésta rápidamente vuelve hacia Ana.

ELOISA: La lagartija es una meona, una orinona y una cagona.

ANA: Tú la mandas, Perla, tú la mandas a que Eloisa me diga esas cosas.

Eloisa y Perla vuelven a acosar a Ana que queda pegada de espaldas al gran espejo.

ELOISA: ¡Meona!

ANA: *(A Eloisa.)* Mentirosa.

PERLA: Orinona.

ANA: *(A Perla.)* Desobediente.

ELOISA: Cagona.

ANA: *(A Eloisa.)* Grosera.

PERLA: Machorra.

ANA: *(A Perla, tapándose los oídos.)* Asquerosa, asquerosa.

ELOISA: *(A Ana, cantando.)* Machorra, Machorra, machorra. *(Detiene su canto de repente. A Perla.)* Perlita, y qué es machorra.

Ana llora desconsolada.

PERLA: Un día de estos te lo digo. Ahora, Nanita, vamos a jugar al patio.

ANA: Sí, sí, vamos, vamos.

PERLA: *(A Ana.)* Cuando venga papá, dile que estoy en el patio. *(Sale.)*

ELOISA: *(Ya para salir.)* ¡Machorra! *(Sale riéndose.)*

La iluminación deja de ser sepia y volvemos a un atardecer.

Ana hace transición y deja de ser niña. Camina, inquieta, por la habitación. Se detiene ante el cuadro de "La última cena". Lo observa detenidamente. Se echa un poquito en la punta de los dedos e intenta quitarle una mancha. Luego, camina muy inquieta. Resuelta, va hacia una silla y la acomoda a su gusto. Camina ansiosa. Se sienta en un mueble y mira con preocupación hacia la puerta de la calle. Espera con ansiedad.

Entra Eloisa, en su edad. Ahora viste un traje coctel, escotado, juvenil, con la falda muy corta. No lleva sostén. Trae colgado a la blusa el prendedor. Trae una copa de martín con dos aceitunas.

ELOISA: ¡Llegó la hora del coctel! ¿Deseas que te prepare un martini, bien seco, con dos aceitunas?

ANA: No, gracias. Bien sabes que no bebo y tú, a tu edad, tampoco deberías.

ELOISA: Ay, Ana. A nadie le hace daño un traguito. Vamos, ánimo, ¿te lo preparo?

ANA: No. Yo, más tarde, me haré una infusión de tilo.

ELOISA: No bebas mucho, no vaya a ser que agarres una borrachera.

ANA: ¿Borrachera? ¿Con tilo?

ELOISA: El tilo emborracha más que el ron. ¿Acaso no has oído hablar de una intoxicación etílica? Etílica viene del tilo.

ANA: Estás muy graciosa.

ELOISA: Gracias, gracias.

Gran silencio.

ELOISA: ¿Vas a cenar?

ANA: ¿Qué hay?

ELOISA: *(Como si bailara una lujuriosa rumba.)* ¡Mondongo! *(Ríe.)*

ANA: ¡Necia!

Gran silencio.

ELOISA: Sigues... esperando.

ANA: Sí. *(Pausa.)* Se murió la niña Eulalia.

ELOISA: ¿Niña? *(Ríe.)*

ANA: Ay, Eloísa, no blasfemes. La niña Eulalia era una santa.

ELOISA: Las santas no viven cien años.

ANA: Eso no tiene nada que ver.

ELOISA: ¡Cien años! Eso es demasiado tiempo.

ANA: Una debe vivir, virtuosamente, todos años que nos mande Dios.

ELOISA: Los vivirás tú. Yo no tengo vocación de santa. ¡Me suicidaré! (*Pausa. Ríe.*)

ANA: Nanita, por favor, no digas esas cosas. Cómo es posible que pienses en suicidarte. Eso es un pecado mortal. Nunca irías al cielo.

ELOISA: Hacía mucho tiempo que no me llamabas de esa manera.

ANA: A nosotras dos, nos espera el cielo, Nanita.

ELOISA: (*Abstraída.*) Hace mucho tiempo.

ANA: El cielo.

ELOISA: ¿Ana, qué pasaría si yo muero primero?

ANA: ¿Qué? ¿Cómo te atreves? ¿Cómo se te ocurre? Yo soy la mayor, después de Perla. Pero yo soy mayor que tú. A mí me toca morirme antes que a ti. No señorita, ni lo pienses. Tú no debes morirte primero, Eloisa, te lo prohíbo.

ELOISA: (*Soltando una larga carcajada.*) ¡Ay, Ana, Ana!

Ana, al darse cuenta de lo que ha dicho y de que Eloisa bromea, suelta una tímida risa.

ELOISA: Ah, con qué aún sabes reírte.

ANA: Pues claro que aún me río, Nani. Lo que pasa es que tú no me ves porque ya estás medio ciega.

Gran silencio.

Cada una se sienta apartada de la otra y hablan para sí.

ANA: Pasa todo tan rápido. Así, sin poder detenerlo. Se va una moviendo de aquí para allá.

ELOISA: Los metales se cansan lo mismo que los seres vivos.

ANA: Sin regreso. Sin esperarte un momento. Callando. ¿Por qué? Por todos los de allá afuera. Porque tú no podías decirle el amor que sentías... y sientes. No podías, debías callártelo porque sino te llamaría de la peor manera. Debías colocar una lápida sobre el yo te amo, Elena.

ELOISA: En los países donde no se trabaja el domingo...

ANA: Sin tocarle...

ELOISA: ... las líneas telegráficas se encuentran en mejor estado de conductibilidad los lunes...

ANA: ... ni un solo dedo. Y ahora ya es un dedo desconchado.

ELOISA: ... después del descanso del día anterior.

ANA: Sólo te van acompañando las palabras de amor que no dijiste.

ELOISA: A los caballos del Kedive...

ANA: Y las del miedo.

ELOISA: ... en Egipto...

ANA: Y esa mano que amabas, esa mano que querías besar y que acariciara tus senos y tú los de ella, se va desgajando de a poquito.

ELOISA: ... les dan todas las mañanas media libra de pasas secas.

ANA: Y esos dos cuerpos, desnudos, que se miraban, inocentes, al espejo, ya partieron, agrietados.

ELOISA: En la noche, nuevamente, le dan a los caballos del Kedive, en Egipto, otra media libra de pasas secas.

ANA: Y esos cabellos negrísimos que amabas, ahí, frente al espejo, esos cabellos que peinabas, delicadamente, se han vuelto grises como una madrugada eterna.

ELOISA: Al día siguiente, a los caballos del Kedive, en Egipto, lo someten a un ayuno de agua con miel.

ANA: ¡Y tus senos se han aplastado! Y en las mañanas te levantas con ellos y mientras caminas te golpean con burla, plaf, plaf, plaf. Y ahí, en el espejo, los miras, colgando, como una fruta podrida que no termina de caerse.

ELOISA: Al tercer día, a los caballos del Kedive, en Egipto, los sacan a corretear por el desierto.

ANA: Y sientes que con esa sola palabra que no dijiste, tus senos hubieran tenido recuerdos y ya no te importaría que ahora tus pechos no volaran y fueran unas aves caídas, cabizbajas.

ELOISA: Y los caballos del Kedive, en Egipto, galopan y galopan, incansables, como si al final de ese desierto se encontrase el Paraíso.

ANA: Pero esa palabra nunca salió y pasan los años y ella ahora te contesta que sí, que sí hubiera podido ser. ¡Que ella te amaba tan bien! ¡Que ella sólo temía, igual que tú, a la gente de allá afuera! Y así perdiste la vida... escondiendo... ocultando... quedándote sin recuerdos. Por eso irás al infierno donde te esperan las palabras para quemarte. El infierno son esas palabras que temiste decir.

(Llora.)

ELOISA: Y a esta alimentación, a los caballos del Kedive, en Egipto, se le atribuye su gran resistencia. *(Ríe a carcajadas.)*

Se vuelve a iluminar en sepías.

Ana continúa llorando y Eloisa riendo, pero ambas hacen transición hacia niñas. Entra Perla con traje de novia.

PERLA: Ya deja el llanto, Ana. Solamente me voy a casar. No me voy a morir.

ELOISA: Y además, Ana, Perla siempre vendrá a visitarnos.

PERLA: Claro, siempre. Oh, vamos, Ani, no llores. Además tú también tendrás que casarte.

ANA: No. Yo voy a ser monja. Siempre he querido servir a Dios.

PERLA: ¿Pero... monja?

ELOISA: Ay, no, monja no, Ana. A las monjas no las dejan salir nunca.

ANA: No me importa. Saben, lo llevo aquí, muy adentro. Estar con Dios, rezar, leer la Biblia. Eso me hace feliz.

ELOISA: Yo sí me voy a casar. ¿Perlita, después que te cases me prestas tu vestido de novia?

PERLA: Te lo voy a regalar, apenas regrese de mi luna de miel.

ELOISA: ¡Qué bueno, qué bueno. Yo me voy a casar tres veces con ese mismo vestido. Después yo te lo presto, Ana, para que te cases también.

ANA: ¿Para qué me voy a casar? ¿Para llorar como mi mamá? ¿Para estar todo el día con una puntada en la cara y que los médicos me digan que no es nada? Pero nosotras sabemos qué es.

ELOISA: No me gusta que hables así, Ani.

PERLA: Si lo dices por papá tienes toda la razón.

ANA: No es sólo por eso. Son muchas cosas. Es por todo. Una debe escuchar a Dios. Estamos castigadas eternamente. Tú, mamá, Eloísa... yo. Nosotras pecamos. Dimos el primer paso cuando comimos la manzana.

PERLA: No quiero seguir hablando de esas cosas y menos hoy que es el día de mi boda. Yo me caso y Guillermo ya me ha prometido que me dejará ser actriz. No peharemos por eso.

ELOISA: Perlita, Perlita, escucha. Escucha. Ya me aprendí de memoria el personaje.

PERLA: *(A Eloísa.)* ¿El de Jasón?

ELOISA: Sí. Pero tú dices el de Medea.

PERLA: Está bien. Ahora, comienza.

ELOISA: *(Declama, inveteradamente, como Jasón.)* "Sabes que harás otros votos y serás más prudente? Los bienes no te parecerán ya crueles, y cuando dichosa, no te creerás infortunada".

PERLA: *(Actuando Medea.)* "Ultrájame, ya que tienes un asilo, que yo, abandonada, huiré de esta tierra".

ELOISA: "Tú eres quien lo ha querido; a nadie más acuses".

PERLA: "¿Qué hice para ello? ¿Me casé con otro hombre engañándote?"

ELOISA: "Lanzaste imprecaciones impías contra los reyes".

ANA: *(Interviene, corrigiendo.)* No, no y no, Eloísa. Impías no, se dice es impías.

ELOISA: *(Como ella. A Ana.)* Está bien, está bien, sabelotodo. Aquí voy otra vez, Perlita. *(Como Jasón.)* "Lanzaste imprecaciones impías contra los reyes".

PERLA: "Yo soy quien ha sufrido en tu morada imprecaciones".

ELOISA: *(Aplaudiendo emocionada.)* ¿Cómo salió, ah, cómo salió?

PERLA: *(Riendo.)* ¡Perfecto!

ELOISA: Perlita, cuéntale a Ana lo que me dijiste.

PERLA: Ahora, no, Nani. Ya pronto tendremos que irnos a la iglesia.

ELOISA: Pero un poquito, cuéntale un poquito cómo es Sarah Bernhardt.

ANA: No me interesa en lo absoluto.

PERLA: Está bien, pero sólo un poquito.

ELOISA: Sí, sí, cuenta, cuenta.

PERLA: (*Con aires de diva.*) Apasionada por los pañuelitos que no sirven para nada y que se pierden dondequiera, la gran Sarah Bernhardt, en uno de sus viajes a América llevó cuarenta docenas y al volver a París tenía que pedirlos prestados.

ELOISA: (*Aplaudiendo.*) ¡Viva! ¡Viva! Seria. Sigue, sigue.

PERLA: Presiente el peligro. Se siente enferma de melancolía y por eso busca siempre la compañía.

ANA: Sobre todo la de los hombres casados o solteros. A ella no le importa.

ELOISA: (*A Ana.*) Cállate.

PERLA: Todos afirman que Sarah Bernhardt posee, de manera natural, un trato encantador.

ELOISA: (*Afirmando con mucha seriedad.*) Ah, eso sí es verdad. Ella trata a todos por igual y encantadoramente.

PERLA: Desprecia el dinero y sólo lo toma como una arma indispensable para mantener una distancia, elegante, con el mundo. ¡Así es Sarah Bernhardt!

ELOISA: ¡Viva! ¡Viva! Cuando tú seas actriz, me invitas al teatro.

PERLA: Claro, Nanita.

ANA: ¡Actriz! Ese será tu castigo.

PERLA: Veremos. Seré libre. Ya no tendré un papá que me esté diciendo qué hacer.

ANA: Hoy tendrás un esposo.

PERLA: Es distinto.

ANA: Ahora... y por unos días. Después ya verás.

PERLA: Mira, Ana, no me importa qué pienses ni qué quieres hacer. Yo no me meto en tu vida. Déjame en la mía.

ELOISA: Ya está. No podemos estar como hermanas. Ana, Perla es tu hermana mayor, debes respetarla. Yo te respeto a ti.

ANA: Es el mal. No se dan cuenta. La enfermedad de mamá. Papá con esas pesadillas, todo el día bravo. Perla se casa y nosotras nos quedaremos solas.

PERLA: Pero no, Ani. ¿Por qué? Tú sabes ya lo que quieres hacer. Te meterás a monja y Eloísa estudiará para maestra.

ELOISA: Ah, no, yo también quiero casarme.

PERLA: Lo harás. Pero primero estudiarás para maestra.

ELOISA: Quisiera que todo fuera como antes. Cuando salíamos a pasear y papá te disfrazaba de niño, Ana, ¿te acuerdas? Te ponían unos pantaloncitos cortos, de terciopelo azul. La gente creía que eras un portuquesito. Perla te llevaba de la mano. A mí, toda esa gente disfrazada en la calle me daba mucho sueño y mamá me cargaba, para protegerme. Yo me dormía en sus brazos. Cuando me despertaba, ya estaba en la cama y habíamos regresado del paseo.

ANA: Pero sí estabas muy chiquita para acordarte de esos carnavales.

ELOISA: Pero me acuerdo.

PERLA: No puedes acordarte.

ELOISA: Sí puedo.

ANA: Eras apenas una recién nacida, todavía gateabas.

ELOISA: ¡Me acuerdo, me acuerdo!

PERLA: Esta bien, está bien, te acuerdas. Bueno, creo que ya es hora de ir a colocarme el velo, deben estar por llegar a buscarnos.

ANA: Perla... ¿Puedo ayudarte?

ELOISA: ¡Me acuerdo!

PERLA: Claro, Ani. Ven, ayúdame a colocarme el velo.

ELOISA: Me acuerdo, es la verdad.

ANA: *(Saliendo hacia las habitaciones interiores con Perla.)* Mi hermana Perla, casada de velo y corona. Nunca lo hubiera imaginado. Es lindo.

Salen Perla y Ana, festivas, hacia el interior de las habitaciones.

ELOISA: Me acuerdo, me acuerdo y me acuerdo porque mi papá le compró a un Charles Chaplin tres cucuruchos de Caramelos Sorpresas. Un cucurucho para Ana, otro para Perla y otro para mí. Ese carnaval nos retrataron en un caballo de juguete, grande; negro y blanco; con los ojos aguados. Sí, es verdad. En la plaza nos montaron en el caballito y nos pusieron un sombrerote mejicano. *(Ríe.)* Y encima nos pusieron una cobija negra con tres franjas de colores. Blanco, rojo y azul. Esa cobija te daba alergia, Ana. Estornudaste nueve veces. Al final te retrataron sin la cobija. En la foto saliste como si estuvieras llorando. *(Pausa corta.)* Papá compró este perro de yeso... para que fuéramos metiendo las puyitas. *(Pausa larga.)* Y mamá se ahorcó. *(Pausa.)* Ustedes no me dejaron verla. Me dijeron que se había ahorcado con el chinchorro. No entiendo. ¿Con el chinchorro? *(Pausa corta.)* Y mi papá cerró su cuarto para siempre. Para nada. Cuando él murió yo me metí en el cuarto de mi mamá. Las llaves estaban en un pote lleno de clavos. Entré al cuarto de mi mamá. Mi mamá me mima. Yo amo a mi mamá. Mi mamá me ama. *(Pausa corta.)* En el escaparate del cuarto de mi mamá, vivían unos lagartijos. Me sentía como de papel... sabía a papel y a cortina azul llena de polvo. *(Pausa corta.)* Estaban sus ropitas. Mamá... mamá tenía solamente unas pantuflas gastadas y unos zapatos marrones, con hebilla, para salir, casi nuevos. *(Va hacia la vitrina de madera labrada con arabescos, abre una gaveta y saca un álbum deshilachado, negro, con dibujos dorados de motivos chinos. Hojea el álbum.)* Me traje el álbum de mi mamá. Esta foto es la que más me gusta. Está mi mamá sentada con una falda amplia, como una campana pero con tachones, marrón. El pelo largo hasta las caderas, negrísimo. Atrás, un cielo sepia, dibujado. Una blusa color crema, clarita; abrochada por un prendedor en forma de interrogación. *(Muestra el prendedor colgado a su blusa.)* ¡Este! *(Pausa corta.)* Un olor a aceite alcanforado, una foto sepia, una puntada en la cara, eso era mi mamá. Su boca siempre apretada, como escondida, como aprisionando una sonrisa. Ahorcada, alargando su silencio.

Anochece. Entra Ana, viste una dormilona.

ANA: ¡Ya sacaste esa basura para ensuciarme la casa!

ELOISA: Te levantaste de buen humor, como siempre.

ANA: Se limpia para nada.

ELOISA: No deberías dormir tanto, te levantas demasiado tranquila.

ANA: Me levanto más o menos tranquila y te encuentro desordenando la casa. Mirando ese álbum. ¿Para qué? Para que termines llorando encima de él.

ELOISA: Esta foto la tomaron el día que fumigaron la casa.

ANA: ¡Ya cierra ese álbum, Eloisa!

ELOISA: Después de esta foto te dio el ataque de estornudo y tuvieron que hospitalizarte.

ANA: No me dio ningún ataque de estornudo y no me hospitalizaron. Sigue, sigue con esos inventos que vas a parar en loca.

ELOISA: En esta foto parece cómo si estuvieras llorando.

ANA: Ah, seguro que es por los estornudos.

ELOISA: Sí, ahora que me acuerdo fue por eso. Saliste llorando por los estornudos y la cobijota y...

ANA: ¿Y mi misal?

ELOISA: Abraham me juró que a la noche te lo traería. (*Mirando el álbum.*) Después de esta foto fue que comimos aquellas manzanas acarameladas con...

ANA: ¡Alejandro viene el próximo domingo!

ELOISA: ¿Cómo lo sabes?

ANA: Me lo encontré en la iglesia.

ELOISA: ¿En la iglesia?

ANA: Sí. Le estaba presentando su novia al Padre Rafael.

ELOISA: ¡Vas a tener que irte de esta casa!

ANA: Creo que hablaron de casarse para el próximo mes.

ELOISA: (*Abalanzándosele, agresiva.*) ¡Te vas a marchar de esta casa, marimacha!

ANA: ¡Primero te vas tú, vieja loca, que te la pasas con esos sueños infernales! Es el mismo diablo que se te mete.

Eloisa toma a Ana por los cabellos y forcejean.

ELOISA: ¡Sal de mi casa, machorra!

ANA: ¡Tienes que pasártela enferma con esa lengua viperina que tienes!

ELOISA: (*Doblegándola.*) ¡Falta de macho es lo que estás!

ANA: (*En el suelo. Dominada por Eloísa.*) ¡Se te va a paralizar la boca, vieja sucia!

ELOISA: (*Sentada encima de Ana.*) Y tú, machora quesuda y lujuriosa. Seguro que debes soñar que todos esos santos que tienes en el cuarto, se te meten por debajo y te la chupan.

ANA: (*Haciendo inútiles esfuerzos por quitarse a Eloísa de encima de su pecho.*) ¡Asquerosa! ¡Maldita! ¡Mal hablada!

ELOISA: (*Manoseándola por todo el cuerpo con rabia y lascivia.*) No, no, no, los santos no te hacen nada. ¡Son las santas! ¡Ellas son las que te gustan! Las santas te meten la lengua por la cosita y gozas y gozas y te revuelcas hasta que te hacen gritar de placer! ¡Ah, las santas? ¡Rico, rico, las santas, sabroso, sabroso, las santas te llevan al éxtasis, a un espasmo santo, católico, apostólico y romano!

ANA: (*Sin lograr quitarse a Eloísa, excitada.*) ¡Blasfema! ¡Pecadora! ¡El diablo te va a llevar hasta la última paila del infierno!

ELOISA: (*Igual, manoseándola toda.*) Ya no me asustas, Ana, ya no me asustas. Eso era cuando pequeña que te creía que las ánimas me llevarían al purgatorio si no rezaba. Eso era cuando niña que te creía que no durmiera desnuda, porque el diablo me pegaría con la cola dejándome marcada las nalgas con una flecha. Ahora no te creo nada. Eso era cuando yo era una niña y me decías que no me tocara abajo, porque iría al infierno donde miles de demonios babeantes de azufre, se montarían encima de mí, mordién dome y restregándose. ¡No más! ¡Ya no me asustas! Yo te he visto. Te he visto cuando bajas a Santa Lucrecia, a Santa Rita y a todas esas Vírgenes que tienes en tu altar y le pasas tus piadosos dedos por las tetas mientras miras el retrato de Elena.

ANA: (*Excitada.*) ¡Impía! ¡Profanadora!

ELOISA: Yo te he visto, cuando riegas de agua bendita un ramillete de espinas en la cama para revolcarte encima de ellas, mientras te estrujas a las santas con furor sobre tu vulva.

ANA: (*Excitada.*) ¡Envilecida! ¡Perjura!

ELOISA: Te he visto con la Virgen de Lourdes entre las piernas, quejándote, babeándote, como esos demonios con los que me asustabas cuando era niña.

ANA: (*Más excitada.*) ¡Sacrílega! ¡Hereje!

ELOISA: Te he visto después, levantarte, modosita, vuelta una santa, lavando la sábana y bañándote a media noche.

ANA: *(A punto del orgasmo.)* ¡Apóstata! ¡Libidinosa!

ELOISA: Lavando la sábana llena de babaza y sangre. ¡Déjate ver la espalda! Anda, déjate ver tu espalda marcada, herida, llena de cicatrices. ¡Santa Ana, falta de macho es lo que estás! *(Se levanta y va hacia el álbum, se arrodilla a revisarlo.)*

ANA: *(Orgásmica.)* ¡Réproba! ¡Proterva! ¡Endemoniada! *(Pos orgásmica, llora quedo.)* Te odio, te odio.

Gran silencio.

Ana permanece exhausta en su sitio.

Eloisa continúa mirando el álbum, tranquila.

Ana se levanta y, como si nada hubiera sucedido, comienza a regar las matas.

Eloisa termina de ver el álbum, lo lleva al armario y lo guarda.

Ana le habla en diminutivo a las plantas, las riega y les hace cariño, maternal.

ANA: *(Normal. Muy tranquila.)* El queso está podrido.

ELOISA: *(Normal. Muy tranquila.)* Es que lo dejan mucho tiempo fuera de la nevera.

ANA: *(Igual.)* Estaba sin sacar de la bolsa, dentro de la nevera.

ELOISA: No lo digo por ti, hablo del abasto.

ANA: Que te lo cambien.

ELOISA: No lo van a cambiar. *(Pausa corta.)* ¡Qué problema! Ahora que Abraham pregunte por su queso, se va a poner furioso.

ANA: Dile la verdad.

ELOISA: ¿Para que me arme un lío? No.

ANA: Compra otro.

ELOISA: Como no eres tú la que va a salir con esa fastidiosa luna ahí, toda resplandeciente. (*Pausa corta.*) Mañana, cuando haga sol, compraré otro.

ANA: ¿Me puedes traer unas manzanas acarameladas?

ELOISA: Ay, no Ana. Hay que caminar mucho buscando esas manzanas.

ANA: No, las compras en la plaza.

ELOISA: Ve tú.

ANA: No.

ELOISA: Deberías salir, mujer.

ANA: No, me da miedo.

ELOISA: Es mejor así. No hace mucho, en esa misma plaza, violaron a una niña de doce años.

ANA: Ave María Purísima.

ELOISA: (*Como si cantara. Burlándose.*) Sin pecado concebida.

ANA: ¿Tú la viste?

ELOISA: No, lo leí en el periódico.

ANA: ¡El mundo se está acabando!

ELOISA: (*Con nostalgia.*) La plaza.

ANA: Hay que rezar más. Siempre he dicho que lo que está terminando con todo es la falta de oración, de fe, y de respeto.

ELOISA: La plaza está llena de soldados, Ana.

ANA: (*Alarmada.*) ¡La guerra otra vez!

ELOISA: Guerra y mujeres. Es el mismo mal. Los soldados andan tras las mujeres en la plaza. Perfumados. Y ellas, pintadas, mascando y estirando un chicle. Cuando estiran el chicle, a todas ellas se les pueden ver los dientes picados, negros. Caminas un poco más, y están los vendedores. Cientos, miles de vendedores con un plástico tirado en el piso y en donde venden condones, hojillas, vitaminas para no envejecer, relojes despertadores, alicates, tuercas, pinturas de uñas. Sigues caminando y encuentras a un hombre fingiendo que le

ponen tacones nuevos a sus zapatos. Otro, más allá, recostado, haciendo que lee un periódico. De repente, el que finge que le ponen tacones nuevos a sus zapatos silba y echa a correr y le jala del cuello una cadena a una señora, o le jala la cartera a otra y corre y brinca y se pierde y nadie hace nada.

ANA: ¿Y los soldados no hacen nada?

ELOISA: Esos menos que nadie. Ellos están ocupados tras las mujeres masca chicle. Ya la plaza no es la misma. ¡Hasta los ciegos, Ana, andan todos atravesados pidiendo y pidiendo y si tú no les das, te miran con rabia. Sí, así ciegos y todos, te miran con rabia! *(Pausa corta.)* Eso es la plaza.

ANA: Deberían hacer algo.

ELOISA: ¿Quiénes?

ANA: ¿Es que acaso ya no hay policías?

ELOISA: Sí, los hay. Están a la salida de la plaza, repartiéndose el pillaje con los ladrones, o esperando su turno para compartir el chicle masticado por las mujeres. Eso es lo que llaman ahora el neoliberalismo salvaje, mascar un chicle masticado, repartirse el botín.

ANA: Mejor es no salir más.

ELOISA: Sí.

ANA: *(Va hacia la puerta de la calle. La revisa para saber si está bien cerrada. Se coloca de espaldas a la puerta, decidida.)* ¡Aquí nos quedaremos!

Se vuelve a iluminar en sepias.

Ana y Eloisa hacen transición hacia señoritas.

De una de las habitaciones entra Perla, completamente vestida de negro, de luto a la usanza del 1900.

ELOISA: *(Llorando hacia Perla.)* Es mentira, mentira, Perla.

PERLA: Me esperan.

ELOISA: *(Abrazándose a Perla.)* No quiero que te vayas.

PERLA: *(Consolándola.)* Tengo que ir, Eloísa. Me llevarán de todos modos.

ELOISA: No dejaré que te lleven. Yo sé que fue un accidente.

ANA: *(Desde la puerta. Burlona.)* Una gotita de sangre, en la extremidad de un dedo de mujer, nos gusta más que una mancha de tinta.

PERLA: No vamos a arreglar nada si lloras, Eloisa.

ANA: Rodearse de inferioridades, es dar alimento al orgullo; rodearse de superioridades, es estimular su inteligencia.

ELOISA: Pero Perlita, tú no pudiste hacerlo. Diles que fue un accidente.

ANA: Generalmente se dice que los ciegos sufren menos que los sordos. Es imposible que esto sea exacto, pues lo que se ve y lo que se lee, es siempre mejor que lo que se oye.

PERLA: *(Soltando suavemente a Eloísa.)* Ya basta de llanto.

ELOISA: ¡Dime, Perlita, dime!

PERLA: *(Pausa.)* Fue un accidente, Eloisa.

ELOISA: ¿Lo juras?

PERLA: Te lo juro. Debes entenderlo así, Eloísa.

ELOISA: Pero ellos no te creen y te van a llevar. ¡Yo sí te creo!

PERLA: Lo sé. Cálmate. No quiero recordar lágrimas.

ANA: Para ser fabricado un par de guantes, pasa cerca de doscientas manos desde el momento en que se desuella al animal del que procede la piel.

ELOISA: ¿Cuándo vendrás, Perlita?

PERLA: No me esperes. Yo vendré. Imagínate que... que... que yo estoy en un teatro de París, triunfando. Piensa que estoy actuando al lado de Sarah Bernhardt y que me aplauden.

ELOISA: Abraham se va a graduar de militar, nos casaremos y te visitaré.

PERLA: Comprende, Eloísa. No hagas que sea peor. No quiero visitas. No quiero que me esperes.

Eloisa sale llorando hacia las habitaciones interiores.

ANA: San Mateo aconseja que tengamos hijos.

PERLA: (*Dirigiéndose a la puerta de la calle que se encuentra flanqueada por Ana.*) Sin peleas, por favor.

ANA: San Mateo aconseja...

PERLA: ¡San Mateo era hombre! (*Pausa corta. En tono suave.*) Es mejor que te apartes de la puerta.

ANA: Rezaré por ti.

PERLA: ¡No quiero que reces! ¡Ni que me esperen! ¡Ni que vayan a visitarme para verme las manos, para desentrañarlas, para tratar de descubrir en ellas si en verdad fui capaz. Pues sí, Ana. ¡Lo hice!

ANA: Perla.

PERLA: (*Pausa corta.*) Tenías razón, Ana. Guillermo no quería dejarme ser actriz. El quería hijos. ¡Muchos hijos! Yo no. Por eso me enfermaba. Sí, me enfermaba igual a mi mamá. (*Pausa corta.*) ¿Es que acaso importaba solamente lo que Guillermo deseara? ¿Yo no? (*Pausa corta.*) Me maltrataba. Me maltrataba. Qué fácil suena. Qué inofensivo. Las palabras no lo pueden todo. Maltrato. Vejaciones. Que te manden a callar. Que se rían de tus ilusiones por absurdas. Ellos dicen que nos comprenden, pero nos apagan. Lentamente. Poco a poco. Nos apagan. (*Pausa corta.*) ¿Cuándo sabrá un hombre la humillación que es un aborto? Una cama de metal, fría. Y que te cuelguen de las piernas y que te toquen bien adentro. ¡Te tocan! (*Pausa corta.*) Te tocan y sientes que mientras lo hacen, escarban en tu alma para escupírtela. Nunca, nunca sabrán lo que se siente. (*Pausa corta.*) Cuando Guillermo lo supo, me maltrató como tú no tienes idea. Día tras día, me trataba como a un ser monstruoso. Golpes. Violaciones. (*Pausa corta.*) Sí, eso era su amor en la cama, una violación. (*Pausa corta.*) Un día yo estaba en la cocina y Guillermo me llamó desde el dormitorio. Yo estaba apurada, haciéndole la cena y me tardé algo y cuando fui me pegó. Estaba desnudo, excitado, se levantó de la cama y me pegó con sus grandes y fuertes puños mientras me gritaba: ¡A los hombres no se les hace esperar! ¡A los hombres no se les hace esperar! (*Pausa corta.*) Me tiró en la cama. Hizo lo que tenía que hacer, luego se sentó, encendió un cigarrillo y lo volvió a decir: "Aprende, a los hombres no se les hace esperar" (*Pausa corta.*) Me levanté. Me bañé. Terminé la cena y le serví su comida. Le serví con esmero su comida, porque un hombre que va a morir no puede irse con hambre a la tumba. Comió. Subió al cuarto. Me llamó. Yo subí inmediatamente. "Duérmete ya, mañana lavas los platos". Me acosté. Me abrazó. Se durmió. Aparté tus brazos, con cuidado. Me levante sin hacer ruido. Agarré las tijeras y en todo el corazón le di y le di y le di. ¡Sus ojos, Ana, sus ojos se abrieron, inmensos, llevándose mis ojos!

ANA: ¡Perla!

PERLA: Sí, Perla. La Perla. Tu hermana mayor. La primogénita.

ANA: Era un ser humano.

PERLA: ¡Y yo no lo soy! Te engañan, te despedazan, Ana, y cuando le pares un hijo, la historia ya está contada. Se acabó todo para ti. *(Pausa corta.)* Quiero vivir, Ani. ¡Vivir!

ANA: Te llevan a la cárcel, Perla. No vas a vivir.

PERLA: Será por poco tiempo. Los convenceré. Gritaré mis derechos.

ANA: No... No... No sé, no sé, Perla. No lo comprendo. No sé si ellos te crean.

PERLA: Pero tienes que comprender, Ana, debes hacerlo. Si tú no puedes comprenderlo, ellos tampoco podrán.

ANA: *(Abraza a Perla.)* Te quiero mucho, mucho, Perla.

PERLA: Yo también te quiero, Ana. Ahora no llores también tú, por favor, te lo suplico. *(Pausa corta.)* Yo volveré.

ANA: Sí, Perla, y nosotras te esperamos.

PERLA: *(Alejándose hacia el gran espejo de dos hojas y cuerpo entero.)* Yo saldré. Tengo la razón. Te lo aseguro.

ANA: Sí, Perlita, y aquí estaremos, queriéndote... siempre.

PERLA: *(Ya parada de espaldas al gran espejo.)* Y después del juicio, después que salga libre, nos iremos de esta casa, de este sofoco de país. Nos iremos a París y ahí seré actriz, ahí actuaré al lado de la gran Sarah Bernhardt. Y... algún día, no muy lejano, no seremos más que el recuerdo de este mal sueño. O mejor aún, tendremos nuevos recuerdos. Recuerdos de un nuevo juego recién inventado por nosotras. Un juego en el que nadie nos persiga. Alejadas para siempre de un Dios que se nos pudre por dentro. Y en ese juego estaremos juntas, viéndonos como ahora. Libres en un hogar con luces que nos pertenezcan, sin esos ruidos ajenos que nos despiertan en la noche, sin esos sepías que nos ahogan y tendremos... amor. ¡Amor! ¡Libres! ¡Juntas! Libres y juntas en un hogar de una sola pieza.

Se ilumina el interior del espejo y vemos a Sarah Bernhardt.

Las puertas del espejo se abren de lado, como un telón. Se escuchan aplausos.

Sarah Bernhardt hace una venia al público que aplaude.

Sarah Bernhardt estira una mano hacia Perla y la invita a entrar al espejo. Perla, feliz, lo hace. Los aplausos aumentan.

Sarah Bernhardt y Perla hacen una reverencia al público. Llueven flores y los aplausos se hacen estruendosos.

Se van cerrando, lentamente, las puertas del espejo y ya no vemos más a Perla ni a Sarah Bernhardt.

Volvemos al anochecer.

Ana abre la puerta de la calle, observa y la cierra con decepción. Al sonido de cierre de puerta, entra corriendo Eloisa. Viste una sensual y corta ropa de dormir de seda.

ELOISA: *(Entrando, corriendo, feliz.)* ¿Es...?

ANA: Nadie.

ELOISA: Me pareció oír que alguien llegaba.

ANA: Sólo el pasado.

ELOISA: *(Ríe.)* Ana, otra vez tan Ana. El pasado no llega, simplemente se va, nos abandona. *(Pausa corta.)* ¿Te acuerdas de aquel tiernísimo vestido con flores moradas?

ANA: No.

ELOISA: El que usé la semana santa pasada.

ANA: ¿Tiernísimo? Excesivamente corto, me pareció. No era muy propio para esa fecha. Parecías una Magdalena, pero después del trabajo.

ELOISA: Gracias, gracias. Bueno, eso no importa. Lo que te quiero decir es que las cucarachas se lo han comido y le han hecho unos huecos inmensos.

ANA: Imposible. Aquí no hay esos animalejos. Serán polillas.

ELOISA: ¡O ratones!

ANA: Menos que nada. Les tengo la guerra declarada.

ELOISA: Lo que sea. El asunto es que ya no tengo un vestido decente que ponerme.

ANA: Ah, en eso tienes toda la razón. Es lo único en lo que coincidimos. Si nada más fíjate lo que tienes puesto para dormir.

ELOISA: El fin de semana saldré con Abraham a comprarme alguna ropa, atractiva, sugestiva, incitante. A él le encanta como me visto.

ANA: Acuérdate de comprarme mi misal. Te embochinchas a comprar y te olvidas de mi.

ELOISA: Eso no es cierto, Ani. Hoy llamé a Abraham al comando y le hablé de tu misal y el me dijo que vio unos blancos que tienen un broche de metal.

ANA: ¡Esos son bellísimos!

ELOISA: Pues el domingo estrenarás misal.

ANA: Gracias a Dios

ELOISA: Y a Abraham. (*Pausa corta.*) ¿Hiciste café?

ANA: Sí, pero me quedó un poco oscuro.

ELOISA: ¡Qué fastidio! Entonces tendrás que preparar más, pero bien clarito. Muy negro me da insomnio. Y si no sueño, no gano.

ANA: A pecado nuevo, nueva penitencia.

ELOISA: ¿Sabes, Ana? En unas de estas noches en que Abraham pudo venir, me contó que con el microscopio, se puede distinguir, perfectamente, la diferencia que existe entre el cabello de una mujer y el de un hombre. El dice que tienen conformaciones distintas.

ANA: Será por la falta de fósforo.

ELOISA: ¿Fósforo?

ANA: Sí, fósforo. Leí que en el hombre el fósforo es mayor. Que el hombre tiene dentro del cuerpo bastante fósforo como para fabricar cerca de un millón de cerillas.

ELOISA: ¡Ay, qué rico! Será por eso que Abraham, en la cama, es puro fuego. Pero yo no quedo atrás, yo también tengo mi candelita.

ANA: Ay, Eloisa, por favor. No me cuentes esas cosas privadas de tu marido y tú. No son de mi incumbencia.

ELOISA: Por cierto, ¿cómo es que dice el salmo ése del fósforo y el diablo con la mujer?

ANA: No es ningún salmo, es un refrán. Además, no tiene nada que ver con las cosas serias que estábamos disertando.

ELOISA: Está relacionado con el fuego, ¿no es así?

ANA: Pero yo hablaba de algo científico.

ELOISA: Pero mi candelita es cosa científica también.

ANA: Contigo no se puede hablar de cosas profundas, a todo le das un doble sentido ciertamente morboso.

ELOISA: Creí tú leías solamente libros sagrados.

ANA: Las revistas científicas no tiene nada de malo.

ELOISA: Sí, si lo tienen, si en donde lo leíste aparecen mujeres desnudas.

ANA: ¡Cállate!

Gran silencio.

ELOISA: No vendrá.

ANA: Perla nos advirtió que no la esperaríamos.

ELOISA: Pero hoy salía en libertad.

ANA: Hoy, hoy, hoy. El hoy no se mueve.

ELOISA: Pero hoy si es hoy, tengo la fecha anotada en la pared del cuarto.

ANA: Pensé que no te interesaba.

ELOISA: También es mi hermana, ¿no?

Gran silencio.

ANA: Tal vez, murió.

ELOISA: Nos hubieran avisado.

ANA: Sabes cómo era ella. A lo mejor pidió, como última voluntad, que no lo hicieran.

ELOISA: Pero, ¿por qué quieres dejarme sin la esperanza de...

ANA: No, no, no te quiero dejarte sin nada. Sólo que también tengo mis temores.

Pausa larga.

ELOISA: Treinta años.

ANA: Ya han pasado muchos más.

ELOISA: Sí, lo sé. Y todo por que la culparon de algo que no hizo. Que fue un accidente. Ella me lo confesó.

ANA: Ay, Eloísa, yo...

ELOISA: No me digas nada porque no te voy a creer. Ella me confesó la verdad, la única verdad y yo le creo. Le creo a pesar de lo que pienses tú, Abraham, de lo que piense mi hijo, inclusive, de lo que piensen todos.

ANA: Deberías madurar.

ELOISA: Deberías, deberías. Pareces una vieja.

ANA: Lo soy. Somos unas viejas.

ELOISA: Sí lo sé. Pero no es necesario gritárnoslo cien veces al día. Sé que soy una vieja. Sé que eres una vieja. Somos unas viejas. Todo está viejo. El mundo se ha vuelto viejo. *(Se quita bruscamente la peluca y queda al descubierto su calvicie, con unos pocos cabellos canosos.)* Mi cabello se fue, viejo, cansado. Mi matriz se volvió marchita, vieja. Tu vagina se quedó seca, vieja. ¡Nos aplasta lo viejo! Ya entendí, vieja Ana. Ya te entendió la vieja Eloísa.

ANA: No te alteres. Puede hacerte daño.

ELOISA: ¡Sí, ya sé! Le hace daño a mi viejo corazón.

Silencio.

ELOISA: Quizá tenga remedio.

ANA: ¿Qué cosa?

ELOISA: El vestido de flores moradas. Tal vez se pueda hacer algo con él.

ANA: Tráemelo. A lo mejor, quitándole del ruedo, pueda hacerle un zurcido muy fino.

ELOISA: ¿Tú crees?

ANA: Mejor aún, si consigues una tela igual, te podría hacer uno.

ELOISA: Sería maravilloso. Mañana la buscaré. ¿Crees que podrías hacerme uno igual?

ANA: Por supuesto. Con el otro vestido como modelo, solamente tengo que copiarlo. Lo uso como patrón. ¿Qué te parece?

ELOISA: Que mañana tendrás trabajo para rato, porque a primera hora salgo a comprarte la tela.

ANA: Me traes agujas, hilo y botones. Hilo morado y blanco. Botones negros.

ELOISA: Me lo anotas todo en un papelito.

ANA: Cuando amanezca.

ELOISA: Está bien, trato hecho. ¿Lo juras?

ANA: Lo juro.

Hacen el juramento, cómico y patético, acordado.

Pausa larga.

ELOISA: Deberíamos cambiar estos muebles.

ANA: ¡Pero sí todavía sirven!

ELOISA: ¿Pero, a veces, no te provoca botar todos estos muebles? Deshacernos de estas cortinas que ya son unas antiguallas. Y pintaríamos la casa de azul y blanco y compraríamos unos muebles modernos. y un televisor.

ANA: ¡Y un televisor!

ELOISA: ¡Y un televisor!

ANA: Sí, un televisor. Leí que habían unos donde todo se veía igualito a la vida, así, a colores.

ELOISA: ¡Muy bien! ¡Entonces compraremos un televisor a colores!

ANA: ¡Y un tocadiscos!

ELOISA: Ah, tú ves. Un tocadiscos no podrá ser.

ANA: ¿Y por qué?

ELOISA: Porque ya no existen.

ANA: Ay, qué lástima. Y nosotras que nunca tuvimos uno.

ELOISA: Ah, pero ahora existe algo mejor. Existen los equipos de sonidos y esos escuchan como si fuese una orquesta. ¡Yo misma lo oí, en la calle!

ANA: ¿Se escucha como una orquesta? Como avanza el mundo.

ELOISA: Así es, parece que una orquesta con músicos e instrumentos chiquiticos, estuvieran adentro, tocando. ¿Qué te parece? ¿Lo compramos?

ANA: Sí, sí, lo compramos y damos una fiesta.

ELOISA: Con un millón de invitados.

ANA: Menos las Rodríguez.

ELOISA: Menos ellas.

ANA: Después de lo que le sucedió a Perla, las Rodríguez nos dejaron de tratar.

ELOISA: Igual que Elena.

ANA: *(Pausa corta.)* Igual que Elena.

ELOISA: Bueno, no las invitamos y listo.

ANA: Y haremos ponche para los invitados y...

ELOISA: Y bailaremos toda la noche.

Ana y Eloisa comienzan a bailar juntas.

ANA: Y yo prepararé el cuarto de mamá y el de Perla, para los que quieran quedarse.

ELOISA: Perfecto. Y hasta podríamos hasta contratar a una señora de servicio.

ANA: ¿Señora de servicio?

ELOISA: Sí, para que te ayude con la limpieza.

ANA: ¡No! Definitivamente no. De la limpieza me encargo solamente yo.

ELOISA: Habrá comida, bebida, flores.

ANA: Azucenas, rosas, claveles.

ELOISA: Se mezclarán los perfumes.

ANA: Los novios podrán reunirse y platicar.

ELOISA: Y, si quieren, ponerse a hacer otras cositas.

ANA: No, no, no, antes que nada el respeto. Ningún novio se pondrá a hacer cositas.

ELOISA: *(Riendo a carcajada.s)* Está bien, está bien, chochita.

ANA: *(Riendo.)* ¡Chochita tú!

Riendo, se sientan. Poco a poco dejan de reír, agotadas.

Silencio.

ELOISA: ¿No te da miedo?

ANA: A veces.

ELOISA: Yo tengo miedo siempre.

ANA: Reza. Eso te ayudará.

ELOISA: Eso es lo que me da más miedo.

ANA: ¿Rezar?

ELOISA: Sí, porque nos confundiríamos. No sabríamos cuál de las dos somos. Tú terminarías jugando y yo un día entraría a limpiar esta sala ya no estarías. Tú habrías huido con mi peluca a cuestras, con mis sombras, mis manías. ¡Rezar! ¡Eso nunca! Por ahí empezaría el desmoronamiento. El deterioro. Después de confundirnos, llegaría el final. En ese momento seremos un arrastrar de pies, una vela encendida toda la noche porque no podemos dormir... y... tambaleantes, nos llevarán al baño... nos esperarán afuera, con fastidio, rostros que se parecen a los nuestros. Tendremos en ese momento el secreto de la vida en un orine rancio, y el secreto de la muerte en una bacinilla que se queja. No importarás

tú, ni yo, ni Perla, porque seremos solamente un fastidio. Una cosa que no termina de irse, una várice dormida en un colchón que se destripa y un ahogo debajo de la sábana. Un asfixiado “no puedo más”, a media noche. Hasta que todo se quede quieto a nuestro alrededor y diga alguien, una cara ajena, una voz desconocida: ¡Al fin se fue! ¡Ya descansamos de la vieja!

ANA: Ten fe. Hay un cielo.

ELOISA: (*Rabiosa.*) ¡Qué cielo ni qué cielo! (*Empieza a desordenar los muebles.*)

ANA: Deja eso, Eloisa. No desarregles.

ELOISA: (*Igual, desordenando y tirando todas las cosas.*) ¡Cielos y más cielos! Esto es lo que tienes.

ANA: ¡Eloísa! ¡Eloisa, por favor, no me desarregles la casa!

ELOISA: ¡Qué casa, ni qué casa! La casa ya se fue. Ya no hay casa. (*Rompe la vajilla. Toma la taza que le falta el plato.*) ¡Maldigo esta casa!

ANA: ¡No sigas! ¡No, dame mi taza!

ELOISA: ¡Escupo esta casa! ¡Quiero morir de una vez! (*Rompe la taza.*)

ANA: La rompiste.

ELOISA: Y la volveré a romper. Ya estoy cansada de tanta basura, de tu limpieza, de que lo arregles todo.

ANA: Son mis recuerdos.

ELOISA: ¡Tus recuerdos! Eso es lo que me enferma. Ese “más o menos”. Ese silencio con olor a naftalina en el que me obligas a vivir. Ese olor de treinta años que pervive en estas paredes, gracias a tus recuerdos.

ANA: ¡Y a tus mentiras!

ELOISA: ¡Te vas a tener que ir de esta casa, macho cabrío!

ANA: No eres más que una vieja mentirosa y loca.

ELOISA: (*Se le abalanza para sacarla.*) ¡Te sacaré de aquí, lagartija!

ANA: ¿Me sacarás sola o con la ayuda de Abraham y de tu hijo Alejandro?

ELOISA: ¡Con ellos sí no te vas a meter, lesbiana, cachapera!

ANA: ¡Con ellos! ¡Me vas a asustar con ellos! ¿Te gusta la verdad? ¿Ah? Pues aquí tienes mis sueños. Soñé que una vieja soñaba que tenía un esposo y un hijo.

ELOISA: ¡Maldita!

ANA: Y esa vieja soñaba esos sueños, porque su novio, un militar acabado de graduar, la dejaba abandonada y no se casaba con ella.

ELOISA: ¡Putas! ¡Putas! ¡Putas ruin!

ANA: Y ese novio militar, la abandonaba al pie del altar, porque descubrió que la vieja soñadora tenía una hermana mayor que era una asesina y que tenía otra hermana que quiso ser monja, pero que la expulsaron del convento por que se enteraron de esa hermana asesina y de una madre que se había ahorcado.

ELOISA: ¡Marimacha, que te gustan las mujeres!

ANA: Pero la dulce viejita seguía soñando que se casaba con su militar y la tierna viejita continuaba soñando que luego tenía un hijo que nunca se casaría, pues se quedaría con ella cuidándole los sueños. ¿Qué te parece?

ELOISA: *(Llorando.)* No te quiero, no te quiero.

ANA: ¿Qué número será? ¡El setenta y siete! ¡No! Ese es el número de la verdad. A ver, a ver. ¡Ya está! ¡Ya lo sé! Soñar con sueños ya soñados, es el cero cero.

ELOISA: *(Igual.)* No... No... No.

ANA: Ahí tienes tu sueño viejita soñadora, ahí tienes tu número de la suerte, viejita soñadora. Mañana, mañana puedes jugarlo.

Gran silencio.

Eloísa se levanta y arregla lo que ha desordenado. Ana la ayuda.

ANA: *(Como si nada hubiese ocurrido.)* No te olvides del misal.

ELOISA: *(Como si nada hubiese ocurrido.)* Abraham me dijo que te lo traería esta noche.

ANA: Mejor lo llamas por teléfono al comando, ya sabes como es tu esposo de olvidadizo.

ELOISA: Alejandro se lo recordará.

ANA: *(Entusiasmada, alegre.)* ¿Viene Alejandro?

ELOISA: Pasará el fin de semana con nosotras.

ANA: Entonces el domingo tendré compañía para ir a misa.

ELOISA: Me dijo que podíamos ir todos juntos a la misa de las doce.

ANA: Magnífico. Pero seguro que tú no irás. Ni Abraham.

ELOISA: Trataremos, pero es Abraham, los domingos, a esa hora, le entran ganas de...

ANA: Ya sé, ya sé, no sigas.

ELOISA: En todo caso Alejandro me dijo que tenía muchas ganas de ir contigo.

ANA: Alejandro es un ángel.

ELOISA: Por supuesto, es mi hijo.

ANA: Y mi sobrino, no lo olvides, tiene a quién salir.

Eloisa y Ana ríen juntas, amigables.

Gran silencio.

ELOISA: Tengo miedo.

ANA: Ven, abrázame. ¿Y ahora?

ELOISA: Ya tengo menos miedo.

ANA: No debes tenerlo.

ELOISA: Perla vendrá y entonces todo terminará y...

ANA: No, no vendrá.

ELOISA: ¿Seguro?

ANA: Ella murió.

ELOISA: No lo sabemos.

ANA: Por mis sueños, lo sé.

ELOISA: ¿Soñante que se había muerto?

ANA: Sí, hace mucho tiempo.

ELOISA: ¿En la prisión?

ANA: No, en París. Soñé que se moría en París.

ELOISA: Y qué más, y qué más...

ANA: Llevaban su féretro por las calles y miles y miles de personas la aplaudían.

ELOISA: Y qué más, y qué más...

ANA: Y luego la enterraban.

ELOISA: ¿Y se iban y la dejaban sola?

ANA: Todos se iban, pero ella no estaba sola.

ELOISA: ¿Y por qué?

ANA: Por que la habían enterrado al lado de Sarah Bernhardt.

ELOISA: Entonces es verdad. *(Transición, como una niña.)* Ani, puedo dormir esta noche contigo.

ANA: *(Transición, como niña.)* Sí, si puedes, Nani.

ELOISA: Pero antes ¿puedo jugar un poquito?

ANA: ¿A qué vas a jugar?

ELOISA: A la señorita Sarah Bernhardt.

ANA: Está bien, pero luego te vienes a rezar el rosario conmigo, hoy es el día de las ánimas. ¡No lo olvides!

ELOISA: No, Ani, no lo olvido.

Eloisa empieza a cantar y a bailar, dando vueltas sobre sí misma.

Ana, al unísono, en otro extremo, se arrodilla y comienza a rezar.

ANA: *(Rezando el rosario.)* "Dios te salve María llena eres de gracia..."

ELOISA: *(Cantando.)* La señorita Sarah Bernhardt, va entrando en el baile, que lo baile que lo baile.

ANA: ...“El señor es contigo y bendita tú eres entre todas las mujeres”...

ELOISA: Y si no lo baila le dan cuatrillo malo, que la saquen que la saquen.

ANA: ...“Y bendito sea el fruto de tu vientre Jesús”...

ELOISA: Salga usted, que la quiero ver bailar, bailar, bailar, déjenla sola, sola, solita...

ANA: “Ahora y en la hora de nuestra muerte amen...”

ELOISA: Sola, solita, sola, solita...

Mientras cantan y rezan, cae el telón.

Néstor Caballero. Correo electrónico: ncaballero@cantv.net

NÉSTOR CABALLERO

En esta colección:

36. Musas

52. Longanizo

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Noviembre de 2002

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar